

El nacimiento de una Nación como crisis cultural: Estados Unidos, 1919-1941*

Francisco Javier Caspistegui Gorasurreta
Universidad de Navarra

Resumen: En este artículo se trata de examinar el proceso de asentamiento de un conjunto de rasgos culturales que habrían terminado por definir a Estados Unidos como nación en el período de entreguerras. La voluntad de diferenciación respecto a los modelos culturales europeos se manifestó en la explicitación de las diferencias y en la construcción de una cultura propia y distinta, con evidentes repercusiones en todos los ámbitos: políticos, sociales o intelectuales.

Palabras clave: Estados Unidos, cultura, nación, identidad, historiografía, intelectuales, Europa.

Abstract: This article will examine the way in which a set of cultural characteristics put down their roots and finally defined the US as a nation during the interwar period. The wish to be different from the European cultural models was seen in the explicit differences and in the construction of their own distinct culture, with clear effects in all areas: political, social and intellectual.

Keywords: United States, culture, nation, identity, historiography, intellectuals, Europe.

Una de las preguntas recurrentes en la historiografía más reciente es la que plantea qué hay de cierto en los estereotipos y los tópicos nacionales; por qué a determinados grupos humanos se los engloba dentro de caracteres presuntamente generalizables. Aun siendo ésta una curiosidad general, se acrecienta especialmente en el caso estadounidense por su gran capacidad para la creación de imágenes colectivas que configurasen un modelo único y perfectamente definido. Tratar de ver lo que de cierto hubiera en esa imaginería tópica se convirtió, al plantear este artículo, en el objetivo. Se trataría, por tanto, de proponer que el más significativo momento de creación de visiones colectivas sobre EE.UU., elaboradas por ellos

* Este texto debe mucho a la ayuda de Ignacio Olábarri y Jesús Longares, así como a las sugerencias de Juan Pablo Fusi.

mismos, fue el período de entreguerras como gran momento de crisis mucho más allá de lo económico y, por tanto, en el que se hace sentir la necesidad de volver a definir lo que se entendía por estadounidense. De alguna manera, que para sus habitantes, el coloso americano nació como nación-estado de forma tardía e incuestionable, precisamente en el momento en el que Europa cuestionaba cualquier otro nacionalismo que no fuese el de la raza. Esta búsqueda de sus rasgos propios no dejó de suponer un choque con las tradiciones europeas heredadas y, por tanto, un conflicto cultural –entendido en su sentido más amplio– que impactó con fuerza en la autocomprensión de una nación que se refundó buscando alejarse de los modelos europeos de los que procedía¹.

De un pueblo a un Estado.

Las naciones nacen, crecen y mueren. Como agregados de seres humanos, utilizan todos sus recursos en la configuración de una serie de rasgos definatorios que, evidentemente, varían con el tiempo, se transforman y dan lugar a visiones que, en ocasiones, poco tienen que ver con lo defendido poco antes, lo cual supone un riesgo evidente de tergiversación si se fosilizan los planteamientos. En la configuración nacional juegan un papel evidente las construcciones ideales, las elaboraciones a posteriori de los que se consideran elementos capitales en la identificación del ser nacional. Por ello resulta clave el examen de los mitos que recogen la especificidad de cada una de estas visiones, aunque sin caer en el extremo de considerar la existencia de uno solo, invariablemente asentado en la totalidad de la historia de los EE.UU., como el “mito puritano” que, a partir de los fundadores determinase la totalidad de la cultura estadounidense. Incluso la existencia del mito del individualismo en relación con la visión protestante del pensamiento político norteamericano en sus inicios, no dejaría de ser una narrativa decimonónica que no se correspondería

¹ No deja de ser significativo que fuese norteamericana una de las primeras recopilaciones del sentido de la palabra “cultura” y realizada, además, por antropólogos: A.L. KROEBER y Clyde KLUCKHON, *Culture. A critical review of concepts and definitions*, Cambridge, Peabody Museum, 1952.

con el pensamiento de los padres fundadores, mucho más comunitaristas que individualistas, al menos si seguimos a Barry Alan Shain².

Por ello, rehuendo explicaciones monistas, y considerando que el mundo mítico está compuesto de una pluralidad de narraciones, cada una de ellas puede ser definida como un discurso de referencia inserto en un universo de sentido que ha perdido cualquier relación con su origen individual pero que se ha integrado en la sociedad que lo acoge, que lo transforma, matiza y transmite hasta que deja de tener validez como fuente de respuestas. En este sentido, la construcción de EE.UU. como nación –y por añadidura, de cualquier otra– se realizó de forma acumulativa a lo largo del tiempo y en ella jugaron un papel relevante las narrativas de sentido que entendemos como mitos, así como los elementos que materializan esa mitología, fundamentalmente símbolos y rituales patrióticos que, como señalara Curti ya en 1946 y Bodnar, Kammen y Linenthal en los noventa, rehacen EE.UU. durante el siglo XX y le proporcionan elementos de cohesión, aunque éstos varíen a lo largo del tiempo o al menos sean interpretados de maneras diversas según los observadores³.

² *The myth of american individualism. The protestant origins of American political thought*, Princeton, Princeton University Press, 1994. Véase también el artículo de Edward GRABB, Douglas BAER y James CURTIS, “The origins of American individualism: reconsidering the historical evidence”, *Canadian Journal of Sociology*, 24/4, 1999, pp. 511-33; y el de Jack TURNER, “American individualism and structural injustice: Tocqueville, gender and race”, *Polity*, 40/2, 2008, pp. 19ss.

³ Merle CURTI, *The roots of American loyalty*, Nueva York, Columbia University Press, 1946; John BODNAR, *Remaking America. Public memory, commemoration, and patriotism in the Twentieth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1992; Michael KAMMEN, *Mystic chords of memory. The transformation of tradition in American culture*, Nueva York, Knopf, 1991; *Meadows of memory. Images of time and tradition in American art and culture*, Austin, University of Texas Press, 1992; *In the past lane: historical perspectives on American culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1998 y *American culture, American tastes. Social changes in the 20th century*, Nueva York, Knopf, 1999; y Edward Tabor LINENTHAL, *Sacred ground. Americans and their battlefields*, Urbana, University of Illinois Press, 1991. El intervalo entre la primera obra y las posteriores se inserta en el proceso de derechización de la idea de patriotismo y en el rechazo que esas [MyC, 10, 2007, 39-89]

Durante este tiempo se produjo el paso en la consideración de EE.UU. como pueblo a su consideración como Estado o, si se prefiere, como nación-estado. Habían existido elementos de cohesión nacional anteriores, una conciencia de pertenencia, incluso algunos mitos fundamentales, como el ya mencionado del individualismo. Sin embargo, la existencia de los mitos o de elementos de cohesión no son suficientes para constituir una nación en sentido completo, pues hace falta que éstos cuenten con una dimensión global, que sean capaces de integrar, en la explicación que proporcionan, aquellos elementos que fundamenten el autorreconocimiento en ellos de quienes los reciban. Podría hablarse, en todo caso, de una proto-nación. En 1782, John de Crèvecoeur se preguntaba “¿Qué es, pues, el americano, este nuevo hombre?” y se respondía: “Es un hombre nuevo que actúa según nuevos principios; por lo tanto, tienen nuevas ideas y se forma nuevas opiniones”⁴. La idea de nación no era, aún, sino la suma de individuos; lo característico estaba más en cada uno de sus componentes que en la suma de la totalidad. Aunque había rasgos que unían en comunidades a sus integrantes, el nexo mayor aún carecía de fuerza, el vínculo estatal no era aún capaz de someter esta desagregación. Este análisis no supone hegelianismo alguno, ni la defensa del Estado como único elemento de cohesión, sino sólo la constatación de que ese instrumento de agregación de los individuos o las pequeñas colectividades carecía de fuerza unificadora. De hecho, si algo llamó la atención a Tocqueville en su viaje a EE.UU. fue precisamente la potencia de la

ideas provocó en los años sesenta y setenta por su carga de uniformización y desprecio de las minorías tan en vigor en esos momentos. Sin embargo, la política de exaltación patriótica de Ronald Reagan y los conflictos subsiguientes, además del desarrollo de estudios sobre la memoria colectiva en Europa, especialmente los de Eric HOBSEWAIN y Terence RANGER, *The invention of tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983 y Benedict ANDERSON, *Imagined communities*, Londres, Verso, 1983, tuvieron una determinante influencia en el desarrollo de una nueva ola de estudios sobre estas cuestiones en EE.UU.

⁴ J. Héctor SAINT JOHN DE CREVÈCOEUR, *Letters from an American farmer* (1782), carta III. Citada por Arthur SCHLESINGER, Jr., *Los ciclos de la historia americana*, Madrid, Alianza, 1988, p. 14 –ed. original: *The cycles of American history*, Boston, Houghton Mifflin, 1986–.

sociedad civil y el contraste que ello suponía con Europa, donde el Estado tenía mucha mayor importancia.

Años veinte y treinta: La “tercera revolución” en la historia de EE.UU.

Durante estos años se produjo lo que se ha denominado la tercera revolución en la historia de los EE.UU. tras la independencia y la guerra civil⁵. Si nos atenemos a los ciclos que distingue Arthur Schlesinger Sr., al que sigue su hijo, el que tiene lugar entre 1919 y 1931 se caracterizaría por constituir el retroceso de la democracia y el auge de la iniciativa privada frente a la pública, lo que, para ellos, constituiría una época nefasta para el país⁶. Ambas explicaciones indican la importancia otorgada al período o la inserción del mismo en una dinámica histórica más amplia. 1919-1941 supone un período de capital importancia, para Degler, o una fase de decaimiento dentro de un proceso más amplio para Schlesinger. En ambas explicaciones, el eje director de la reflexión es el de la historia política y el trasfondo el de la época progresista, tanto en lo que hace referencia a las transformaciones iniciadas a fines del XIX, como al tono de mejora permanente que subyace a esa denominación y que trae a primer plano la referencia dieciochesca ilustrada de la política norteamericana.

En cualquier caso, fue un período en el que se produjeron un considerable número de transformaciones, que hicieron de él un paso imprescindible para entender la personalidad estadounidense posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Para asomarse a este período, además de la producción historiográfica, un instrumento de gran importancia –para éste y para

⁵ Carl N. DEGLER, “The third American revolution”, en: *Out of our past. The forces that shaped modern America*, Nueva York, Harper and Row, 1970, pp. 379-413 e *Historia de los Estados Unidos*, II, Barcelona, Ariel, 1986, pp. 179-220.

⁶ Arthur SCHLESINGER Jr., *Los ciclos de la historia americana*, 49, pero también, para su teoría de los ciclos, el cap. 2: “Los ciclos de la política americana” (pp. 41-64). Para la negativa consideración de esos años, véase su *The age of Roosevelt*, I: *The crisis of the old order 1919-1933*, Houghton Mifflin, Boston, 1957.

cualquier otro tema contemporáneo—, es la literatura, y en el caso concreto al que este trabajo se refiere, especialmente el movimiento llamado modernismo. A través de la rica novelística de la época, y en menor medida de la poesía y el teatro, se puede rastrear la contraimagen crítica que proporcionaron quienes rehuían de una sociedad como la que se estaba constituyendo en los EE.UU. de los años veinte. Esta relevancia de los escritores del momento justificaría la utilidad de sus puntos de vista para ayudar en la comprensión del período.

En lo que hace a su reflejo historiográfico⁷, la década de los veinte en los Estados Unidos, a veces ha sido comparada a la de los sesenta, ya que ambas serían recordadas por sus contemporáneos con una consciente y especial intensidad. Prueba de ello es que, ya desde 1931, encontramos narraciones históricas nada despreciables. Desde luego que apenas rebasan una cuidadosa relación de hechos, pero en algún caso su utilidad en este campo sigue vigente; me refiero, como es obvio, a Frederick Lewis Allen (1890-1954)⁸.

Hubo que esperar a la inmediata segunda posguerra mundial para encontrar las primeras racionalizaciones, los primeros por qué, de esta originalidad. Todas estas explicaciones se inscribieron en un relato nacionalista, dentro del clima de autocomplacencia y seguridad que tenía la América de Eisenhower. Convencida de ser la nación más poderosa de la tierra, y de que su liderazgo mundial era fruto de un progreso lineal y constante, el período de entreguerras quedaba tipificado como “the age of Roosevelt”, y los inmediatos precedentes que conducían a tal cumbre, como “the age of reform”.

⁷ La base para este análisis es el artículo de Alan BRINKLEY, “Prosperity, depression and war, 1920-1945”, en: Eric FONER (ed.), *The new American history*, Philadelphia, Temple University Press, 1997, pp. 133-58.

⁸ Frederick Lewis ALLEN, *Only Yesterday: An Informal History of the 1920s*, Nueva York, Harper & Row, 1931. Véanse, sobre él, la tesis doctoral de Darwin PAYNE, Universidad de Texas en Austin (1973), publicada como *The man of only yesterday: Frederick Lewis Allen, former editor of Harper's magazine, author, and interpreter of his times*, Nueva York, Harper and Row, 1975 y David M. KENNEDY, “Revisiting Frederick Lewis Allen's *Only yesterday*”, *Reviews in American History*, 14/2, 1986, pp. 309-18.

Debemos a Richard Hofstadter (1916-1970) la acuñación de ese afortunado emblema de la “age of reform”, pues para él la década de los veinte debió su genialidad a la aparición de un conjunto de actuaciones capaces de construir una nación, en la cual se situaría posteriormente el *New Deal*, culmen dorado que, sin tales precedentes, hubiera resultado impensable⁹. Para Hofstadter, en la base de todas esas actuaciones se hallaría un conjunto de convicciones compartidas existente en la sociedad americana. Tal “consenso” estribaría en un compromiso general de toda la ciudadanía con el engrandecimiento nacional, por medio del impulso económico a través de un capitalismo competitivo. Ello explicaría la ausencia de conflictividad laboral, la intensidad del liberalismo económico, la carencia de una base ideológica firme y la ausencia, por ello, de conflicto y, al mismo tiempo, la aceptación de un Estado intervencionista, pero cuyo intervencionismo tendría un mero carácter arbitral y conciliador de los intereses particulares¹⁰.

⁹ Richard HOFSTADTER, *The Age of Reform: From Bryan to FDR*, Nueva York, Knopf, 1955.

¹⁰ Esta tesis del consenso apareció ya en su libro *The American political tradition and the men who made it*, Nueva York, Knopf, 1948, libro que sirvió para incluirlo en la que John HIGHAM llamó la escuela del consenso, de marcado carácter conservador (“The cult of the ‘American Consensus’: homegenizing our history”, *Commentary*, 27, 1959, pp. 94-5). Sin embargo, este encuadramiento fue revocado ya en los años sesenta por el propio Hofstadter, que se situaba en una posición mucho menos definida dentro de la historiografía norteamericana de posguerra, dado que su visión no era complaciente al definir el consenso, sino que trataba de mostrar la quiebra intelectual y el peso de los mitos populares en la política norteamericana, lo que la hacía irreal. En 1967 escribió un prefacio específico para la edición hebrea de su libro y en ella señalaba la cierta validez de la historia del consenso, aunque limitada, puesto que “es sólo una aseveración sobre el marco o la configuración de la historia y no sobre lo que aparece en la pintura. Una vez que se absorbe la opinión del consenso, también se sienten vívidamente sus limitaciones. Los norteamericanos pueden no haber disputado sobre asuntos ideológicos profundos, como los formulados en la historia del pensamiento político, pero han disputado con bastante frecuencia sobre asuntos esenciales y de actualidad. [...] Incluso en fases más tranquilas de nuestra historia, la fijación obsesiva en los elementos [MyC, 10, 2007, 39-89]

El feliz hallazgo de tal argumento (“la era de la reforma”) marcó un antes y un después en la literatura histórica acerca de Roosevelt. Las nada despreciables biografías de Freidel (1952 y 1973)¹¹, o la de Goldman (1952)¹², quedaron completamente oscurecidas por el impresionante monumento de Arthur Schlesinger Jr. (1917-2007) el cual, alterando intencionadamente el rótulo de Hofstadter (“the age of reform”), va a titularla *The Age of Roosevelt*¹³. Siempre se ha ponderado la eminencia de esta obra por su calidad literaria, su amplitud informativa y su ambición temática; pero interesa resaltar el enorme influjo que ejerció su interpretación del período. Para Schlesinger, Roosevelt representó el fin de la construcción de América como nación: supone la culminación del pasado y el comienzo de un futuro esplendoroso. En la América de Roosevelt se ejemplificaría lo que América es.

El tercer y último volumen de la obra de Schlesinger se publicó en 1960, en puertas de comenzar la década de los sesenta, una década muy característica en los Estados Unidos, especializada sobre todo en labores de desmitologización. Así en 1962, Alfred Chandler Jr. (1918-2007), se limitó a poner en prosa el poema épico schlesingeriano. En tanto que economista y politólogo especialista en el análisis de la moderna burocracia, afirmó que Roosevelt se había limitado a

del consenso que indudablemente existen, despoja a la historia de su drama y de su interés” (*La tradición política norteamericana y los hombres que la forjaron*, México, FCE, 1984, pp. 23-4). Véase sobre la revisión de su posición en torno a la escuela del consenso, Daniel Joseph SINGAL, “Beyond consensus: Richard Hofstadter and American historiography”, *The American Historical Review*, 89/4, 1984, pp. 976-1004.

¹¹ Frank FREIDEL, *Franklin D. Roosevelt*, Boston, Little, Brown, 1952-73 (I: *The apprenticeship*, 1952; II: *The ordeal*, 1954; III: *The triumph*, 1956 y IV: *Launching the New Deal*, 1973). Una síntesis es la que publicó con el título *Franklin D. Roosevelt: A Rendezvous with Destiny*, Boston, Little, Brown, 1990.

¹² Eric GOLDMAN, *Rendezvous with Destiny: A History of Modern American Reform*, Nueva York, Knopf, 1952.

¹³ Arthur SCHLESINGER Jr., *The age of Roosevelt*, Boston, Houghton Mifflin, 1957-60. 3 vols.: *The crisis of the old order, 1919-1932*, 1957; *The coming of the New Deal*, 1958; *The politics of upheaval*, 1960 (ed. castellana: *La era Roosevelt*, México, UTEHA, 1968. 3 vols.).

construir el Estado americano, entendiendo por tal un sólido y eficaz edificio administrativo (una “síntesis organizativa”, como dice Chandler). De tal Estado carecía América antes de 1929, y esto la lastraba notoriamente respecto a Europa. A la construcción de tal Estado habría que atribuir el éxito con el que se solventó la crisis del 29 y la eficacia de su intervención bélica. En una palabra, es al estado rooseveltiano, y no a Roosevelt como encarnación de los valores americanos, al que se habría de atribuir la hegemonía económica y política de la década de los cincuenta¹⁴.

Cinco años más tarde, en 1967, Robert Wiebe (1930-2000) prolongaba el razonamiento de Chandler pero ya desde una óptica crítica: señalaba lo que de opresivo había tenido la construcción de los treinta. Se quejaba del déficit democrático que tal actuación originó: progresiva pérdida de influencia de lo local frente a lo nacional, y de la iniciativa del individuo respecto al Estado. La burocracia y el orden se habían buscado con ahínco en el tiempo que analizaba, de acuerdo al entonces dominante modelo explicativo de la modernización¹⁵. Su obra abrió los cauces a la poderosa *New Left* de la década de los setenta; poderosa quizá más por su extensión que por la originalidad de sus propuestas, conocidas de antiguo en la historiografía europea crítica al capitalismo. James Weinstein (1926-2005) y Gabriel Kolko (1932-) subrayaron la corporativización de un liberalismo económico aparentemente individualista; los inicios del capitalismo monopolista

¹⁴ Alfred CHANDLER Jr., *Strategy and Structure: Chapters in the History of the American Industrial Enterprise*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1962. Sobre él puede verse Thomas MCGRAW, *The essential Alfred Chandler: Essays toward a historical theory of big business*, Boston, Harvard Business School Press, 1988.

¹⁵ Robert WIEBE, *The Search for Order, 1877-1920*, Nueva York, Hill & Wang, 1967. Sobre este libro, véase Kenneth CUNIEL, “Destiny and amnesia: the vision of modernity in Robert Wiebe’s *Search for order*”, *Reviews in American History*, 21/2, 1993, pp. 352-68. Para lo presupuestario, puede verse: Jonathan KAHN, *Budgeting democracy. State building and citizenship in America, 1890-1928*, Ithaca, Cornell University Press, 1997.

en América, y la aparición de un Estado democrático al servicio del capitalismo¹⁶.

La historiografía acerca de los años veinte que nos ofrece la década de los ochenta es la del intento de recuperación del discurso de la “old happy America”, pero muy mezclado con el deconstruccionismo historiográfico europeo. Quizá el mejor representante de tal combinación sea Barry Karl. Considera difícil poder hablar de nación en la década de los veinte, y no porque no tuviera un sistema político, económico o burocrático unificado. América no era una Nación por la multiplicidad de microsociedades impermeables que la formaban. Ello planteaba la dificultad de establecer un solo discurso histórico que unificara la pluralidad de relatos locales muy diferenciados¹⁷. Karl definía EE.UU. como una realidad multicultural, con valores y rasgos no comunes, y con una complicada búsqueda de aquellos que la podían definir como nación. Como él dice, se trata de unos “Uneasy States”.

Los “Uneasy States” encontraron su confirmación en los historiadores “sociales” de la década de los ochenta, todos ellos más o menos influídos por la historiografía marxista inglesa. El análisis de los movimientos populares, la creciente complejidad de los motivos de actuación de las sociedades agrarias, el respeto hacia la contrarrevolución desde una perspectiva revolucionaria, etc., marca la labor historiográfica de George Marsden y Alan Brinkley, entre otros¹⁸.

Desde la década de los noventa se mantuvo la trayectoria abierta por los historiadores de los “uneasy states”, pero también la profundizó, pasando de la conflictividad social a la cultural, y del

¹⁶ James WEINSTEIN, *The corporate ideal in the liberal state, 1900-1918*, Boston, Beacon Press, 1968; Gabriel KOLKO, *Main Currents in Modern American History*, Nueva York, Harper & Row, 1976.

¹⁷ Barry KARL, *The Uneasy State: The United States from 1915 to 1945*, Chicago, University of Chicago Press, 1983.

¹⁸ George MARSDEN, *Fundamentalism and American culture: the shaping of Twentieth-Century evangelicalism, 1870-1925*, Nueva York, Oxford University Press, 1980; Alan BRINKLEY, *Voices of protest: Huey Long, Father Coughlin, and the Great Depression*, Nueva York, Knopf, 1982.

análisis del mundo rural a la del urbano. Rudolph Vecoli, David Levinson y Elliot R. Barkan analizaron el consumismo como componente cultural básico, la homogeneización cultural a través de la publicidad; la cultura de masas como destructora de valores; el papel creciente del Estado, etc., mientras que otros autores han incidido en el peso creciente de las minorías en el mundo de la política y en su papel histórico¹⁹

La construcción demográfica: el melting pot.

Es evidente que la población de EE.UU. la componen diversos grupos humanos, procedentes en buena parte, al menos hasta fines del siglo XIX, de la Europa anglosajona, germánica y escandinava²⁰. Desde mediados de esa centuria, el aporte se incrementó con la masiva inmigración irlandesa y ya a fines del XIX y comienzos del XX, con los procedentes del sur y el este de Europa, así como de otras

¹⁹ Rudolph VECOLI, *Gale encyclopedia of multicultural America*, Detroit, Gale Research, 1995; David LEVINSON y Melvin EMBER (eds.), *American immigrant cultures. Builders of a nation*, Nueva York, MacMillan, 1997 y Elliot R. BARKAN (ed.), *A nation of peoples. A sourcebook on America's multicultural heritage*, Westport, Greenwood Press, 1999. Jeffrey D. SCHULTZ (ed.), *Encyclopedia of minorities in American politics*, Phoenix, Oryx Press, 2000; Timothy E. GREEN y Jean R. FRANK, *Seeking justice: a history of American minorities*, Dubuque, Kendall/Hunt, 2007; Jason McDONALD, *American ethnic history: themes and perspectives*, New Brunswick, Rutgers University Press, 2007.

²⁰ Para los primeros momentos de la emigración puede verse: Isa ALTMAN y James HORN (eds.), *"To make America". European emigration in the early modern period*, Berkeley, University of California Press, 1991. Para el período 1840-1914 la recopilación de estudios editada por Dirk HOERDER y Leslie Page MOCH, *European migrants. Global and local perspectives*, Northeastern University Press, Boston, 1996. Para la inmigración anglosajona: Charlotte ERICKSON, *Invisible immigrants. The adaptation of English and Scottish immigrants in Nineteenth-Century America*, University of Miami Press, Coral Gable, 1972 (que atribuye la invisibilidad a la rápida adaptación de estos grupos a la nueva sociedad que los recibe, aunque también a la debilidad de las fuentes sobre ellos); y su posterior recopilación de artículos *Leaving England. Essays on British emigration in the Nineteenth Century*, Cornell University Press, Ithaca, 1994.

procedencias. Todo ello configuró una variedad humana y cultural de escasos precedentes, el *melting pot*²¹. Con ello se quería definir la recepción en un espacio geográfico concreto de gentes cuyo denominador común era la búsqueda de oportunidades, la materialización del sueño que les sacó de Europa. Sin embargo, la situación no era tan sencilla, porque la convivencia de tales grupos humanos hizo que los problemas surgieran de manera constante, como lo muestran los trabajos recogidos en *The immigration reader*, que se preguntan, en el fondo, sobre la identidad del norteamericano²², dado que, en muchos casos la integración no se produjo, aunque sólo fuese porque en los planes del inmigrante estuviera la posibilidad del regreso, lo que en muchas ocasiones explicaría las actitudes no bien entendidas de muchos de ellos²³. En este sentido, cabría destacar también los

²¹ Israel Zangwill (1864-1928), británico, judío y activo sionista, estrenó a fines de 1908 una obra de teatro titulada *The melting pot*, que hablaba del proceso de recepción y adaptación de los emigrantes a la realidad del país que los acogía a través de ese crisol dado por el componente y el patrón de lo WASP. Como reflejaba en su acto I: “America is God’s Crucible, the great Melting-Pot where all the races of Europe are melting and re-forming! Here you stand, good folk, think I, when I see them at Ellis Island, here you stand in your fifty groups, with your fifty languages and histories, and your fifty blood hatreds and rivalries. But you won’t be long like that, brothers, for these are the fires of God you’ve come to –these are the fires of God. A fig for your feuds and vendettas! Germans and Frenchmen, Irishmen and Englishmen, Jews and Russians –into the Crucible with you all! God is making the American”. Véase Edna NAHSHON, *From the ghetto to the melting pot, Israel Zangwill’s jewish plays*, Detroit, Wayne State University Press, 2005, pp. 211-388. También Walt Whitman (1819-1892) hablaba a fines del XIX de unos EE.UU. como nación de naciones: “Here is not merely a nation but a teeming nation of nations”, “Preface”, *Leaves of grass*, Nueva York, James and Thomas Rome, 1855, p. iii.

²² David JACOBSON (ed.), *The immigration reader. America in a multidisciplinary perspective*, Londres, Blackwell, 1997.

²³ Mark WYMAN, *Round-trip to America. The immigrants return to Europe, 1880-1930*, Ithaca, Cornell University Press, 1993; Dino CINEL, *The national integration of Italian return migration, 1870-1929*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002; Hans STORHAUG, “Return migration: numbers, reasons and consequences. A European overview”, *AEMI [Association of European Migration Institutions] Journal*, 1, 2003, pp. 1-9.

procesos de integración en ese *melting pot*, el paso de las comunidades rurales de origen de la mayoría de los inmigrantes, al mundo urbano de EE.UU., que supuso una costosa adaptación en buena parte de los casos, para lo cual jugó un determinante papel la situación personal y social, el *background* de cada emigrante y probablemente no tanto la situación económica de partida, aunque ambos aspectos tengan una relación²⁴.

Especialmente dificultosa fue la integración al aparecer la xenofobia, tras la guerra, pero también en períodos previos, cuando incluso la convivencia urbana o la especialización laboral se realizaron a partir de grupos de inmigrantes concretos. Un buen ejemplo de ello fueron los judíos, que entre 1880 y 1920 aportaron el mayor contingente inmigratorio que este grupo incorporó a EE.UU. Como señala Gerald Sorin, la experiencia europea de todos ellos les preparó el camino para el proceso de secularización que vivieron en su nuevo destino, adaptándose con mayor rapidez que otros grupos humanos²⁵, aunque, como estos otros, mantuvieran una personalidad definida e incluso activa hacia su lugar de origen. De hecho, el movimiento sionista, el apoyo a las reivindicaciones irlandesas desde comienzos de siglo o incluso el respaldo a la reunificación de Polonia, contaron con importantes respaldos entre estas comunidades en

²⁴ John BODNAR, *The transplanted. A history of immigrants in urban America*, Bloomington, Indiana University Press, 1985; Angela M. BLAKE, *How New York became American, 1890-1924*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2006. También desde un punto de vista general pueden verse: Roger DANIELS, *Coming to America. A history of immigration and ethnicity in American life*, Nueva York, Harper Collins, 1990 y Rudolph J. VECOLI y Suzanne M. SINKE (eds.), *A century of European migration, 1830-1930*, Urbana, University of Illinois Press, 1991. Sobre la mezcla racial, véanse, por ejemplo, Matthew Frye JACOBSON, *Whiteness of a different color. European immigrants and the alchemy of race*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; David A. HOLLINGER, "Amalgamation and hypodescent: the question of ethnoracial mixture in the history of the United States", *The American Historical Review*, 108/5, 2003, pp. 1363-90.

²⁵ Gerald SORIN, *A time for building. The third migration, 1880-1920*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992.

EE.UU., como muestra el libro de Matthew Frye Jacobson²⁶. Un ejemplo de ello es el periodista Henry L. Mencken (1880-1956), que en 1942 afirmaba: “He nacido aquí como mi padre y mi madre y he pasado mis 62 años de vida aquí, pero veo todavía como un imposible adaptarme a los rasgos convencionales de la vida y el pensamiento americano. Después de estos años, sigo siendo un extranjero”²⁷.

En cualquier caso, si hay algo evidente en el proceso de constitución humana de EE.UU. es que la diversidad de los aportes confirió al país una enorme variedad y complejidad de situaciones. Además, la incorporación de nuevas poblaciones se mantuvo en los primeros años del XX. En este proceso son significativos los movimientos contrarios a los emigrantes en momentos tardíos del XIX, lo que de alguna manera anunciaba posteriores actitudes xenófobas, racistas e intolerantes. Y eso aunque la emigración era absolutamente necesaria para sostener el ritmo de crecimiento que la industria estaba imprimiendo al país.

La construcción geográfica. La conquista del Oeste.

Junto a la demografía, ha de hablarse de la geografía. EE.UU., además de una suma de gentes diversas, engloba una realidad geográfica igualmente diversa, no en vano se le calificó de continente. Sin embargo, en la percepción de aquel país, cuatro son los fragmentos que con más personalidad propia se distinguen: el Este, el Sur, el medio Oeste y el Oeste. Estos territorios, con su propia esencia geográfica, humana y mental, permanecieron como entidades diferenciadas incluso pese a su común pertenencia a la teórica unidad estadounidense. A este problema se enfrentó el historiador Frederick Jackson Turner (1861-1932) al hablar de las secciones, que definía como una “parte del territorio nacional que está, geográfica y

²⁶ *Special sorrows. The diasporic imagination of Irish, Polish, and Jewish immigrants in the United States*, Cambridge, Harvard University Press, 1995. La imaginación “diaspórica” la define (p. 10) como el sentido perdurable de pertenencia y la obligación permanente hacia una distante comunidad nacional.

²⁷ Fred HOBSON, *Mencken: a life*, Nueva York, Random House, 1994, pp. 459-60.

socialmente, suficientemente unificada como para tener una conciencia cierta de su unidad, para sentirse orgullosa de sus ideales y tradiciones y para poseer un sentido de sus diferencias respecto a otras partes del país”²⁸. Sin embargo, y a diferencia de Europa, estas distintas unidades siempre estaban referidas a la unidad mayor, al conjunto del país que integraban. El federalismo se entendía como la libertad en la unidad.

De todas estas secciones, probablemente la más significativa era el Oeste, aunque sólo fuese porque la construcción de EE.UU. siempre se realizó mediante el avance hacia él, lo que, a su vez, suponía la aparición de un espacio intermedio entre esta sección y el Este. El problema estaba en su definición. Evidentemente, y al menos hasta la llegada al Pacífico, si se entendía como frontera era un punto de referencia móvil. Por otro lado, la definición geográfica del Oeste se refería a una realidad inmóvil. Estos dos puntos de vista plantearon, por tanto, la necesidad de delimitar la realidad de una sección cuya esencia iba a formar parte, en las ideas de Turner, de la más acendrada personalidad norteamericana.

Ya para 1893, cuando Turner anunció por vez primera su tesis de la frontera²⁹, era una idea que, si bien otros habían expresado de forma indirecta, se exponía de esa manera por vez primera. Hacia

²⁸ F.J. TURNER, *The Significance of Sections in American History*, Nueva York, H. Holt, 1932, libro por el que recibió el Premio Pulitzer a título póstumo, y *The United States, 1830-1850: The Nation and its Sections*, Nueva York, H. Holt, 1935. La cita procede de Ernest BREISACH, *American Progressive History. An experiment on modernization*, Chicago, University of Chicago Press, 1993, p. 81. Sobre esta cuestión véase también: Richard JENSEN, “On modernizing Frederick Jackson Turner: the historiography of regionalism”, *The Western Historical Quarterly*, 11/3, 1980, pp. 307-22.

²⁹ La pronunció en la reunión anual de la *American Historical Association*: “The Significance of the Frontier in American History” (Chicago, 12 de julio de 1893). Fue publicada en *The Annual Report of the American Historical Association*, 1893, pp. 199-227. Posteriormente apareció como el primer capítulo de *The frontier in American History*, Nueva York, Henry Holt, 1920, pp. 1-38. Tal vez la mejor biografía de Turner sea la de Allan G. BOGUE, *Frederick Jackson Turner. Strange roads going down*, Norman, University of Oklahoma Press, 1998.

1870 el optimismo era todavía el impulso dominante en ese avance, pero en 1880, la tierra libre para aquel que llegase a ella se había reducido considerablemente; el Oeste como válvula de escape había dejado de serlo, con el cierre definitivo del avance en 1890. Se plantearon entonces nuevas fronteras y surgieron los argumentos a favor de otros límites extracontinentales. Se consolidaron así las teorías sobre el “destino manifiesto”, enunciadas por John Fiske (1842-1901) en 1885 y, a partir de ellas, las obras de Alfred Thayer Mahan (1840-1914)³⁰. También surgieron explicaciones económicas, como la teoría de las puertas abiertas (comerciales, claro está) para justificar, a posteriori, la necesidad de la expansión³¹. De hecho, este

³⁰ John FISKE, *American political ideas viewed from the standpoint of universal history*, Nueva York, Harper Brothers, 1885. Ya publicó “Manifest destiny” en *Harper’s newmonthly magazine*, 70/418, 1885, pp. 578-90. Alfred MAHAN, *The influence of sea power upon history, 1660-1783*, Boston, Little, Brown & Co., 1890; *The influence of sea power upon the French Revolution and Empire, 1793-1812*, Boston, Little, Brown & Co., 1892; y *The interest of America in sea power, present and future*, Londres, Sampson Low, Marston & Co., 1897. Sobre Mahan, puede verse John B. HATTENDORF (ed.), *The influence of history upon Mahan. The proceedings of a Conference marking the centenary of Alfred Thayer Mahan’s The influence of sea power upon history, 1660-1783*, Newport, Naval War College Press, 1991; Jon Tetsuro SUMIDA, *Inventing grand strategy and teaching command. The classic works of Alfred Thayer Mahan reconsidered*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997; Jon SUMIDA, “Alfred Thayer Mahan, geopolitician”, *Journal of Strategic Studies*, 22/2-3, 1999, pp. 39-62; Greg RUSSELL, “Alfred Thayer Mahan and american geopolitics: the conservatism and realism of an imperialist”, *Geopolitics*, 11/1, 2006, pp. 119-40.

³¹ Esta teoría deriva de la obra de Charles A. BEARD, *The open door at home. A trial philosophy of national interest*, Nueva York, MacMillan, 1934. Como señalaba en este libro, con la idea de puerta abierta quería expresar “the most efficient use of the national resources and industrial arts of the nation at home in a quest for security and a high standard of living. This is a direct antithesis of a historic policy which has eventuated in the present economic calamity. It implies reversal of aliance in imprudent risks and invites the American nation to open doors at home, to substitute an intensive cultivation of its own garden for a wasteful, quixotic, and ineffectual extension of interest beyond the reach of competent military and naval defense” (p. vii).

factor, mucho más que el de la posesión de tierras, marcó el “imperialismo” norteamericano de esta época³². Como señala David M. Wrobel, el cierre formal de la frontera creó un anhelo de tierras y la revitalización del espíritu de los pioneros³³.

La construcción mítica.

Deudora de la geografía histórica y del idealismo alemanes, la tesis turneriana estaba plenamente inserta en una historiografía progresista que trataba de transformar el entendimiento de un país para el que la historia narrativa tradicional carecía ya de validez³⁴.

Con él se asentó e intelectualizó el mito del Oeste. Como señala Richard Slotkin: “La esencia de todo lo que es genuinamente excepcional en la historia Americana está incluido en aquellos mitos peculiares a nuestra cultura, entre los cuales el más antiguo y principal es el mito de la frontera”³⁵. Un mito que ya se anunciaba en los

³² Arthur SCHLESINGER, Jr., *Los ciclos de la historia americana*, pp. 135-78, y especialmente 145-72.

³³ David M. WROBEL, *The end of American exceptionalism. Frontier anxiety from the Old West to the New Deal*, Lawrence, University Press of Kansas, 1993.

³⁴ Sobre la historiografía progresista sigue siendo básico el libro de Ernst A. BREISACH, *American progressive history. An experiment in modernization*, Chicago, University of Chicago Press, 1993; aunque más amplios, dedican a este período una atención principal los libros de Ellen F. FITZPATRICK, *History's memory. Writing American's past 1880-1980*, Cambridge, Harvard University Press, 2002, y el de Ian R. TYRELL, *Historians in public. The practice of American history, 1890-1970*, Chicago, University of Chicago Press, 2005. Son muchas las revisiones de la visión que los historiadores han mantenido acerca de la interpretación de Turner y otros historiadores sobre la frontera. Entre otras, pueden verse: Michael P. MALONE (ed.), *Historians and the American West*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1983 y Kerwin Lee KLEIN, *Frontiers of historical imagination. Narrating the European conquest of native America, 1890-1990*, Berkeley, University of California Press, 1997; Richard W. ETULAIN (ed.), *Writing Western history: essays on major western historians*, Reno, University of Nevada Press, 2002.

³⁵ Richard SLOTKIN, *The fatal environment. The myth of the frontier in the age of industrialization, 1800-1890*, Nueva York, Atheneum, 1985, p. 34.

[MyC, 10, 2007, 39-89]

folletines acerca de los grandes pistoleros, o en el circo con el que William F. Cody (1846-1917), el legendario Buffalo Bill, recorrió EE.UU. y Europa³⁶. No digamos nada de la imagen cinematográfica del Oeste, cuyo primer ejemplo significativo, *Asalto y robo de un tren*, de Edwin S. Porter, se produjo en 1903. A partir de él se consagró uno de los géneros por excelencia del cine, en el cual se consolidaba el mito al recoger en él los elementos de libertad, de individualismo, de realización personal, de justicia y éxito que, según él, caracterizarían al norteamericano. Es significativo que el declive de este género se produjera precisamente en los años sesenta, cuando la búsqueda de referencias identitarias había dejado su lugar a otros mitos y la potencia explicativa de éste decayó. También es significativo observar que, en torno a esos momentos, comienza el desarrollo de un proceso de revisión historiográfica por parte de los *New Western Historians*, para los cuales la pretendida libertad de los habitantes del Oeste respecto al Estado federal fue mucho menor que lo que tradicionalmente se ha creído³⁷.

Ya previamente había publicado *Regeneration through violence. The mythology of the American frontier, 1600-1860*, Middletown, Wesleyan University Press, 1973 y, en 1992 publicaría *Gunfighter nation. The myth of the frontier in twentieth-century America*, Nueva York, Atheneum. En este último libro extiende su explicación del mito de la frontera a Vietnam, con el análisis de los productos culturales que asimilan una y otra situación. Puede verse también aplicado a la política, como hace Leroy G. DORSEY, "The frontier myth in presidential rhetoric. Theodore Roosevelt's campaign for conservation", *Western Journal of Communication*, 59/1, 1995, pp. 1-19. S.W. HOEFLE resalta la herencia de la frontera en sentido negativo, que habrían convertido a EE.UU. en el país post-industrial más polarizado y violento ("Bitter harvest. The frontier legacy of US internal violence and belligerent imperialism", *Critique of Anthropology*, 24/3, 2004, pp. 277-300). Por su parte, M. WEST y C. CAREY muestran el incremento en el uso de la imagen de la frontera tras los atentados del 11-S ("(Re)enacting frontier justice: the Bush administration's tactical narration of the Old West fantasy after september 11", *Quarterly Journal of Speech*, 92/4, 2006, pp. 379-412).

³⁶ L.S. WARREN, "Cody's last stand. Masculine anxiety, the Custer myth, and the frontier of domesticity in 'Buffalo Bill's Wild West'", *Western Historical Quarterly*, 34/1, 2003, pp. 49-69.

³⁷ Richard WHITE, "*It's your misfortune and none of my own*". *A history of the American West*, Norman, University of Oklahoma Press, 1991.

Por otro lado, cabe señalar que no sólo el cine fue la vía a través de la cual se creó el mito del Oeste como la parte más americana de América. Uno de sus creadores fue el pintor y escritor Frederick Remington (1861-1909)³⁸, al que influyeron los escritos de Turner; también contribuyeron a la mitificación de este territorio George Catlin (1796-1872), Charles M. Russell (1864-1926) y Georgia O'Keefe (1887-1986), con sus pinturas, grabados, dibujos y fotografías³⁹.

Turner legitimó el mito del Oeste al tomar la experiencia popular de los pioneros y hacer de ella la historia de la nación, la referencia fundamental para entender la totalidad de lo norteamer-

Para el cine del Oeste y su capacidad de creación mítica, pueden verse, entre otros, Michael COYNE, *The crowded prairie. American national identity in the Hollywood western*, Londres, I.B. Tauris, 1997; Scott SIMON, *The invention of the western. A cultural history of the genre's first half-century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003; Stanley CONKIN, *Cowboys as cold warriors: the Western and US history*, Philadelphia, Temple University Press, 2004.

³⁸ Una de sus obras más conocidas son las ilustraciones para *The Oregon Trail* (1892). La biografía más sólida sobre él es la de Pegg y Harold SA-MUELS, *Frederic Remington. A biography*, Garden City, Doubleday, 1982.

³⁹ Sobre este tema pueden verse: Robert G. ATHEARN, *The mythic west in twentieth century America*, Lawrence, University of Kansas Press, 1986; William H. GOETZMANN y William N. GOETZMANN, *The West of the imagination*, Nueva York, Norton, 1986; Peter H. HASSRICK, *Remington, Russell and the language of western art*, Washington, Trust of Museum Exhibition, 2000. Sobre Russell puede verse la biografía de John TALIAFERRO, *Charles M. Russell. The life and legend of America's cowboy artist*, Boston, Little, Brown and Co., 1996. Para Catlin, una buena biografía es la que publicó Harold MCCRAKEN, *George Catlin and the old frontier*, Nueva York, Dial Press, 1959, así como la interpretación de Gareth E. JOHN, "Benevolent imperialism: George Catlin and the practice of Jeffersonian geography", *Journal of Historical Geography*, 30/4, 2004, pp. 597-617. Por último, sobre Georgia O'Keefe, una de las últimas biografías es la de Hunter DROHOJOWSKA-PHILP, *Full Bloom: the art and life of Georgia O'Keefe*, Nueva York, W.W. Norton, 2004. Debe verse, también, el libro de Doris BRY y Nicholas CALLAWAY (eds.), *Georgia O'Keefe: in the West*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1989.

[MyC, 10, 2007, 39-89]

ricano. Posteriormente, otros autores trataron de analizarlo de forma más compleja, como el ya mencionado Richard Slotkin. Para él, tras el cierre de la frontera en 1890, el mito se siguió aplicando como modelo para la subordinación del proletariado industrial, como modelo para el control social, en el interior, y como justificación del expansionismo en el exterior. Se produjo una readaptación del mito a las nuevas circunstancias⁴⁰.

La nación americana (América, 1919-1929)

El cierre físico del territorio norteamericano provocó, como hemos visto, tensiones y búsqueda de salidas. Sólo el final del siglo permitió el comienzo del fin de esta cuestión, aunque la inercia exploradora y “civilizadora”, la inercia del destino manifiesto, condujera hacia el Sur, y especialmente a Cuba, donde, pese a la precariedad española, los EE.UU. mostraron una notoria incapacidad, signo evidente de la falta de inserción en el mundo internacional. Su primer paso como potencia en él, produjo dudas morales en algunos estadounidenses, como William Graham Sumner, que afirmaba: “Mi patriotismo es del tipo que se siente agraviado ante la idea de que Estados Unidos no fue nunca una gran nación hasta que en una pobre campaña de tres meses redujo a pedazos a un viejo Estado pobre, decrépito y en bancarrota como España”⁴¹. Tampoco logró esta guerra arrastrar el patriotismo estadounidense, fuera de la campaña de la prensa amarilla, dado que era una guerra menor, como veíamos, no afectaba ni al sistema político ni al moral, ni siquiera al territorio estadounidense. Muestra significativa de ello fue la actitud de algunos sectores nacionales específicos de la población, como irlandeses, judíos o polacos, para los cuales el punto de referencia desde el que la juzgaban no era tanto EE.UU. como sus lugares de origen. Así, todos ellos establecieron paralelos entre esa guerra y el sometimiento de sus

⁴⁰ The fatal environment, p. 515.

⁴¹ William Graham SUMNER, *The conquest of the United States by Spain and other essays* (Conferencia pronunciada en Yale el 16-I-1899 y publicada en *Yale Law Journal*, 1899). Citado por Arthur SCHLESINGER, Jr., *Los ciclos de la historia americana*, p. 96. Véase el artículo de Donald PICKENS, “William Graham Sumner as a critic of the Spanish American War”, *Continuity*, 11, 1987, pp. 75-92.

países de origen, así como la posibilidad de que EE.UU., al intervenir en Cuba, igualmente lo podía hacer en sus respectivas patrias. Distinta fue la opinión de estos grupos sobre Filipinas, especialmente por la ocupación norteamericana⁴².

La primera guerra mundial fue mucho más importante en la definición de las señas de identidad norteamericanas. La condición de no-americano o anti-norteamericano se aplicó de forma contundente a todos aquellos que no hubiesen respaldado la iniciativa bélica. Se era norteamericano de pies a cabeza si se mantenían determinadas actitudes, si se respaldaba sin fisuras una política, si se entendía que la unidad y el consenso eran determinantes para constituir una nación. Llamar a los alemanes “hunos”, con todas las implicaciones que tal denominación tenía, suponía conferir a la guerra un carácter de defensa de la civilización, suponía darle argumentos de carácter existencial y, por todo ello, una gran capacidad de arrastre⁴³. El entusiasmo bélico que se trató de impulsar a través del cine y de la actitud de algunas de sus primeras estrellas como Mary Pickford o Charlie Chaplin⁴⁴, animó a los norteamericanos en torno a unos principios que consideraron sagrados y encarnados con provecho en

⁴² Matthew Frye JACOBSON, *Special sorrows*, en especial los capítulos 4 y 5.

⁴³ Véanse James LATHAM, “The Kaiser as the beast of Berlin: race and the animalizing of the germaness in early Hollywood’s advertising imagery”, *West Virginia University Philological Papers*, 50, 2003, pp. 16-30; Thomas F. SCHNEIDER y Hans WAGENER, “Huns” vs. “Corned beef”: *representations of the other in American and German literature and film on world war I*, Göttingen/Osnabrück, V&R Unipres/Universitätsverlag, 2007.

⁴⁴ Michael T. ISENBERG, *War on film: the American cinema and world war I, 1914-41*, Rutherford, Fairleigh Dickenson University Press, 1981; Richard WOOD (ed.), *Film and propaganda in America: a documentary history*, vol. I. *World war I*, Westport, Greenwood Press, 1990; Peter C. ROLLINS y John E. O’CONNOR, *Hollywood’s world war one: motion pictures images*, Bowling Green, Bowling Green State University Popular Press, 1997; Leslie Midkiff DEBAUCHE, *Reel patriotism. The movies and World War I*, Madison, University of Wisconsin Press, 1997. En este último libro se muestran los acuerdos de las compañías de cine con el gobierno y el beneficio que éstas obtuvieron después de la guerra en forma de apoyo tras los escándalos de esa época o para su participación en bolsa.

su propio país. Si a esto añadimos la sensación de fortaleza moral y material que la victoria en la guerra proporcionó como respaldo a las actitudes previas, se conformaron unas actitudes que reforzaron los rasgos de patriotismo previo y los síntomas de identificación con valores generales, con los elementos que conducen a la creación de la nación.

Al amparo del desarrollo económico fruto de la producción agrícola de la posguerra civil, se produjo un considerable incremento de la productividad industrial y de los bienes puestos en circulación. Como señalaron los escritores del modernismo estadounidense y sus más inmediatos antecesores a fines del siglo XIX y comienzos del XX, se trataba de una sociedad en la que el objetivo fundamental estaba comenzando a ser el beneficio económico, y ello hizo que algunos personajes se distanciaran de la sociedad, trataran de permanecer fuera o por encima de la cultura dominante. Esta preocupación estaba muy ligada a uno de los preceptos básicos en la configuración de los EE.UU.: el del progreso y, junto a él, la confianza en los avances que la tecnología podía producir en ese camino.

Los EE.UU. de fines del XIX y comienzos del XX, salvo periódicos sobresaltos, como la crisis de 1890, vivían en una época de creciente esplendor que la I guerra mundial no hizo sino incrementar. William Leach localiza en torno a fines de siglo la aparición de una primitiva sociedad de consumo⁴⁵. Poco a poco se hizo más sofisticada, hasta convertirse en la primera sociedad de consumo de masas en los años veinte, treinta años antes que en otros países. Aunque el consumo ya existía de forma amplia antes de esa época, la diferencia estuvo en que los productos consumidos eran muy similares a los de épocas posteriores. Los artículos duraderos (radios, lavadoras, neveras y,

⁴⁵ William LEACH, *Land of desire. Merchants, power, and the rise of a new American culture*, Nueva York, Pantheon, 1993. Es lo que Peter N. STEARNS sitúa como la segunda etapa en la historia del consumo en su "Stages of consumerism: recent works on the issues of periodization", *The Journal of Modern History*, 69/1, 1997, pp. 109-14. Véase también R. MARCHAND, *Advertising the American dream: making way for modernity, 1920-1940*, Berkeley, University of California Press, 1985.

especialmente, automóviles...) se producían a un precio cada vez más bajo y generaban una amplia industria auxiliar. La democratización del consumo permitía la creación de una vasta demanda en un país con posibilidades económicas aún sin explotar. Además, el abaratamiento y el consiguiente crecimiento del crédito merced a las facilidades para obtenerlo y a la aparición de compañías de financiación, propició una mayor capacidad de compra de bienes perdurables⁴⁶. Se había creado un mercado nacional y una fiebre creciente en lo económico. El norteamericano se descubrió como consumidor y apreciaba los bienes materiales como una señal de identidad, considerando que los modelos liberales y progresistas de consumo jugaban un papel central en el modo en que las clases medias resolvían los dilemas de la democracia y la diferencia, ajustando la imagen y el significado de ciudadanía a su propia imagen, como señala Liette Gidlow⁴⁷. Esto conllevó una mentalidad consumista, una cultura comercial que iba a generar tensiones entre el mundo tradicional y el moderno, tensiones que llevaron a la búsqueda de soluciones y de puntos de referencia alternativos, así como a una crítica considerable a estas nuevas actitudes. Monica Brasted considera que la publicidad facilitó la transición desde los valores culturales de una sociedad agraria a los de una sociedad de consumo. De hecho, considera que elementos como el patriotismo, el sacrificio, el servicio, etc. fueron reelaborados para la I Guerra Mundial por medio de una retórica de consumo⁴⁸.

⁴⁶ Martha L. OLNEY, *Buy now, pay later. Advertising, credit, and consumer durables in the 1920s*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1991; Lizabeth COHEN, *A consumer's republic: the politics of mass consumption in postwar America*, Nueva York, Knopf, 2003.

⁴⁷ Liette GIDLOW, *The big vote: gender, consumer culture, and the politics of exclusion, 1890s-1920s*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2004, p. 6.

⁴⁸ Daniel HOROWITZ, *The morality of spending. Attitudes toward the consumer society in America, 1875-1940*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1985; Monica BRASTED, "The reframing of traditional cultural values: consumption and world war I", *Advertising & Society Review*, 5/4, 2004. Véase también su "Advertising success through consumption: 1900-1929", *Advertising and Society Review*, 7/1, 2006.

¿Por qué triunfaba el consumo? Para William Leach, por el fracaso de diversas tradiciones culturales, especialmente el protestantismo, en la crítica de esas conductas⁴⁹. Pero, en cualquier caso, ¿por qué especialmente en los años veinte? Pueden señalarse diversas razones: Por el desarrollo económico espectacular fruto de la inercia de la guerra; por la mejora de las condiciones económicas, extendida de forma amplia aunque no completa (paradójicamente, los agricultores vivieron una época muy negativa, con la desaparición de las subvenciones implantadas durante la guerra y el exceso de producción que condujo a una caída de los precios⁵⁰). La sensación de optimismo creció. Por otro lado, el ahorro descendió, al menos, como señala Martha L. Olney, entendido de forma tradicional. Los depósitos bancarios se redujeron, pero la compra de bienes duraderos se entendió como una forma de ahorro diferente, puesto que podía proporcionar servicios a largo plazo⁵¹.

Además de ello, entró en juego por vez primera de forma masiva la publicidad en los medios de comunicación, lo que se manifestó como una vía de acceso al público de enorme eficacia⁵².

⁴⁹ William LEACH, *Land of desire*.

⁵⁰ Uno de los protagonistas de *Las uvas de la ira*, de John STEINBECK (*The grapes of wrath*, Nueva York, The Viking press, 1939. Edición castellana: Alianza, Madrid, 1998), se plantea que “[q]uizá el año próximo sea un buen año. Dios sabe cuánto algodón habrá el año que viene. Y con todas las guerras, Dios sabe qué precio alcanzará el algodón. ¿No fabrican explosivos con el algodón? ¿No hacen uniformes? Con las guerras suficientes, el algodón irá por las nubes. El año próximo, tal vez” (p. 53). Sin embargo, como señala J. Sanford RIKOON (*Threshing in the Midwest, 1820-1940. A study of traditional culture and technological change*, Bloomington, Indiana University Press, 1988, p. IX) los agricultores no se limitan a recibir los cambios, puesto que también ellos actúan y plantean sus propuestas. No se limitan a una producción de subsistencia, sino que están pendientes de la demanda procedente del Este y muy atentos a las transformaciones técnicas de la agricultura a través de la multitud de revistas agrícolas que surgen en la segunda mitad del XIX.

⁵¹ Martha L. OLNEY, *Buy now, pay later*, p. 54.

⁵² T.J. Jackson LEARS, “Some versions of fantasy: towards a cultural history of advertising, 1880-1930”, *Prospects*, 9, 1984, pp. 349-405; Roland MARCHAND, *Advertising the American dream: making way for modernity*

Puede objetarse que ya existía, pero para acceder a ella había que, primero, saber leer y, segundo, saber inglés. Con el cine no ocurría esto, las imágenes mudas mostraban una capacidad evocadora que arrastraba de inmediato a quienes las veían, emigrantes y nativos. La posibilidad de difusión encandiló a los espectadores sin necesidad de mayor competencia lingüística. Se arrastraba hacia una serie de estereotipos y modelos sociales a multitudes de espectadores, proporcionando modelos mundanos o tratando de concienciar socialmente a los espectadores, como intentaron los sindicatos y otras organizaciones⁵³. Hay que tener en cuenta que ya en los años veinte el cine tenía una fuerza considerable, con estudios organizados y bien financiados, películas elaboradas, amplias cadenas de distribución y una audiencia regular⁵⁴.

En otros medios de comunicación, la diversidad creció. A la prensa amarilla se sumó una serie de revistas que iniciaron un despegue espectacular, como *Reader's Digest* (1921) o *Time* (1923), además de los más clásicos *Saturday Evening Post* de George Horace Lorimer, defensor de valores victorianos como el paternalismo familiar, el trabajo duro, la empresa de negocios y la hegemonía

1920-1940, Berkeley, University of California Press, 1985; Jackson LEARS, *Fables of abundance. A cultural history of advertising in America*, Nueva York, Basic Books, 1994; S. CRAIG, “‘The more they listen, the more they buy’: radio and the modernizing of rural America, 1930-1939”, *Agricultural History*, 80/1, 2006, pp. 1-16.

⁵³ En una encuesta realizada en diciembre de 1923 se vio que en Middletown la población asistía de media al cine una vez por semana (Claude FOHLEN, *La société américaine, 1865-1970*, París, Arthaud, 1973, pp. 179-80). Es significativo que *El nacimiento de una nación*, la primera gran producción cinematográfica, obtuviese ingentes beneficios. También es reseñable la difusión de cadenas de locales de exhibición a partir de Nickelodeon, la primera sala creada en Pittsburgh en 1905. Respecto a la realización de películas de contenido social, puede verse Steven J. ROSS, “Struggles for the screen. Workers, radicals, and the political uses of silent film”, *American Historical Review*, XCVI/2, 1991, pp. 333-67.

⁵⁴ Richard KOSZARSKI, *An evening's entertainment. The age of the silent feature picture, 1915-1928*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1990.

[MyC, 10, 2007, 39-89]

WASP⁵⁵; y *Smart Set* y *The American Mercury* del ya citado Henry L. Mencken⁵⁶. Estos medios de comunicación escrita creaban también EE.UU., configuraban algunos rasgos del país a través de sus contenidos y de sus ausencias.

Junto a ellos cabe destacar el desarrollo de la radio, cuyas primeras emisiones públicas tuvieron lugar en Pittsburg (1920)⁵⁷. Un reflejo de la influencia de este medio de comunicación, además de su uso en política (con la difusión de los resultados electorales en 1920 o la retransmisión de debates en 1928), fue la popularización de sus programas y la adopción de sus personajes más conocidos como elementos de referencia. También muestra su éxito, como señalan Robert W. McChesney y Susan Smulyan, el creciente peso en ella de la publicidad, lo que desencadenó enconadas batallas para obtener el control de las comunicaciones por el peso económico que la difusión comercial tuvo a través de las ondas⁵⁸.

En definitiva, estas tendencias al consumo y sus rituales específicos produjeron, como ya señaló Daniel Boorstin (1914-2004), una nacionalización del país, pues favorecieron la creación de lazos

⁵⁵ Jan COHN, *Creating America. George Horace Lorimer and the Saturday Evening Post*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1989, p. 19.

⁵⁶ Sobre él pueden verse: Fred C. HOBSON, *Mencken: a life*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1995; Terry TEACHOUT, *The skeptic: a life of H.L. Mencken*, Nueva York, Perennial, 2003; Marion Elizabeth ROGERS, *Mencken: the American iconoclast*, Nueva York, Oxford University Press, 2005, entre otros.

⁵⁷ Para los orígenes de la radio cabe señalar los dos estudios de Hugh G.J. AITKEN, *Syntony and spark: the origins of radio*, Nueva York, Wiley, 1976 y *The continuous wave: technology and American radio, 1900-1932*, Princeton, Princeton University Press, 1985, así como el de Susan J. DOUGLAS, *Inventing American Broadcasting, 1899-1922*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987.

⁵⁸ Los dos estudios referidos son los de Robert W. MCCHESENEY, *Telecommunications, mass media, and democracy: the battle for the control of US Broadcasting, 1928-1935*, Nueva York, Oxford University Press, 1993 y Susan SMULYAN, *Selling radio: the commercialization of American Broadcasting, 1920-1934*, Washington, Smithsonian Institution, 1994.

más profundos en EE.UU. por la comunidad de los gustos y por la posibilidad de satisfacer esa demanda a escala nacional⁵⁹. Una forma por medio de la cual los inmigrantes se sentían integrados en la sociedad que los acogía era mediante la posibilidad del consumo⁶⁰.

Los inmigrantes, cada vez más, se veían como una potencial amenaza para los que ya habían comenzado a considerarse como el núcleo demográfico y racial del país. Poco a poco, sólo los emigrantes del NO de Europa van a recibir un trato aceptable. Los procedentes del Este y el Sur vieron paulatinamente recortadas sus posibilidades. Incluso puede ponerse fecha a esa creación humana de los EE.UU.: 1890, momento que fijaba la “correcta” composición humana del país, garantizada a partir de las leyes de cuotas para la restricción a la emigración de 1921 y, sobre todo, de 1924⁶¹.

⁵⁹ Daniel BOORSTIN, *The Americans. The democratic experience*, Nueva York, Random House, 1973 y *The image. A guide to pseudo-events in America*, Nueva York, Harper and Row, 1961. En este último, este historiador conservador definió los pseudo-acontecimientos como aquellos hechos que se organizaban para obtener cobertura en los medios de comunicación e influir en la opinión pública, convirtiendo su reproducción o simulación en algo más importante que la realidad. Puede verse, sobre este historiador, John P. DIGGINS, “Consciousness and ideology in American history: the burden of Daniel J. Boorstin”, *The American Historical Review*, 76/1, 1971, pp. 99-118. Véase también la primera parte del libro de Bernard STERNISHER, “The consensus view and its critics”, en su *Consensus, conflict and American historians*, Bloomington, Indiana University Press, 1975, pp. 1-127.

⁶⁰ Para el caso de los judíos puede verse Jenna Weissman JOSELIT, *The wonders of America. Reinventing Jewish culture, 1880-1950*, Nueva York, Hill and Wang, 1994.

⁶¹ La *immigration Restriction Act* o *Emergency Quota Act* (19-V-1921) y la *Immigration Act* (26-V-1924). Para ambas véase la obra clásica de John HIGHAM, *Strangers in the land: patterns of American nativism, 1860-1925*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1955 -2ª ed. Nueva York, Atheneum, 1963-, y también los libros de Desmond KING, *Making Americans*, Cambridge, Harvard University Press, 2000; Nathan MILLER, *New world coming*, Cambridge, Da Capo Press, 2003; Aristide ZOLBERG, *A nation by design. Immigration policy and the fashioning of America*, Cambridge, Harvard University Press, 2006. Para la de 1924, véase el [MyC, 10, 2007, 39-89]

De este movimiento contrario a la inmigración que se concretó en los años veinte cabe deducir una conclusión, y es que en EE.UU. se estaba constituyendo la conciencia de nación en sentido antropológico. Es decir, se estaban dando los pasos para definir cuál era el tipo racial característico. Era evidente que, para esas fechas, ni indios ni negros contaban especialmente, aunque estos últimos, tras su participación en la Guerra y la masiva emigración a las ciudades del Norte⁶², comenzaron a reivindicar sus derechos con mucha más fuerza a través de organizaciones concretas⁶³. Pese a todo, surgía de manera clara la conciencia de que los norteamericanos eran los WASP. Esta actitud, limitada a grupos menores en períodos previos, como el primer Ku Klux Klan surgido tras la emancipación negra posterior a la guerra de secesión, alcanzó una fuerza inusitada en la primera

artículo de Mae M. NGAI, "The architecture of race in American immigration law: a re-examination of the Immigrant Act of 1924", *Journal of American History*, 86, 1999, pp. 67-92. Una visión más genérica sobre lo racial la proporciona G. GERSTLE, *American crucible. Race and nation in the twentieth century*, Princeton, Princeton University Press, 2002.

⁶² Es este un tema muy amplio, pero entre lo existente pueden verse: James R. GROSSMAN, *Land of hope. Black southerners, and the great migration*, Chicago, University of Chicago Press, 1989; Joe William TROTTER (ed.), *The great migration in historical perspective. New dimensions of race, class, and gender*, Bloomington, Indiana University Press, 1991; James N. GREGORY, *The Southern diaspora. How the great migrations of black and white southerners transformed America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2005.

⁶³ Como la NAACP, fundada en 1910. Pueden verse sobre ella: Charles F. KELLOGG, *NAACP: a history of the National Association for the Advancement of Colored People*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1967; Christopher Robert REED, *The Chicago NAACP and the rise of black professional leadership, 1910-1966*, Bloomington, Indiana University Press, 1997; Gilbert JONAS, *Freedom's sword: the NAACP and the struggle against racism in America, 1909-1969*, Nueva York, Routledge, 2005; o la *Universal Negro Improvement Association* dirigida por el jamaicano Marcus M. Garvey (1887-1940). Tal vez la mejor biografía y estudio de Garvey y su movimiento sea la de Judith STEIN, *The world of Marcus Garvey. Race and class in modern society*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1986. Véase también, Colin GRANT, *Negro with a hat. The rise and fall of Marcus Harvey*, Nueva York, Oxford University Press, 2008.

posguerra mundial, mostrando de alguna manera que se entendía como necesaria la definición de la esencia del ser norteamericano. Ya no bastaban las palabras de Tocqueville cuando decía que “[n]o [había] poder sobre la tierra que [pudiese] cerrar, ante los pasos de los emigrantes, esos fértiles desiertos abiertos por todas partes a la industria, y que [presentaban] asilo a todas las miserias”⁶⁴. Ya no se estaba dispuesto a recibir a todos cuantos llegasen.

Sin embargo, esta preocupación por la búsqueda de elementos de identidad en aspectos raciales, de tremenda complejidad ante la variedad de procedencias de la avalancha inmigratoria, no se había logrado aún a fines del XIX. La visión WASP de los EE.UU. de los años veinte y treinta trató de conservarse de forma beligerante en muchas ocasiones. Las resistencias a los cambios se concretaron mediante diversas iniciativas, tanto por parte de las instituciones, con las cuotas de inmigración mencionadas, o las dificultades para la consolidación sindical (desde el intento de control del llamado terror rojo —*red scare*— de 1919, hasta la aplicación de medidas restrictivas a la sindicación durante los años veinte), como por la actividad de organizaciones como el reconstituído Ku Klux Klan (1915)⁶⁵, la

⁶⁴ Alexis de TOCQUEVILLE, *La democracia en América*, Barcelona, Orbis, 1985, p. 163.

⁶⁵ En su constitución señalaba que sus objetivos eran: “unir a los hombres blancos, nacidos en los Estados Unidos de América, sin vínculo de ninguna naturaleza con cualquier gobierno extranjero, nación, institución, secta, gobernante, persona o grupo; cuya moral sea correcta, cuya reputación sea ejemplar [...], para cultivar y promover el patriotismo hacia nuestro Gobierno; para practicar una honorable camaradería hacia los demás; para ejemplificar una benevolencia práctica; para conservar la santidad del hogar y la castidad de la mujer; para mantener siempre la supremacía blanca, para avanzar e inculcar una elevada filosofía espiritual a través de un exaltado ritualismo y, por medio de una devoción práctica, a conservar, proteger y mantener las instituciones privativas, los derechos, privilegios, principios, tradiciones e ideales del más puro americanismo”. Cit. por Frederick Lewis ALLEN, *Only yesterday. An informal history of the nineteenth-twenties*, Nueva York, Harper & Row, 1964 —1ª ed., 1931—, pp. 55-6. Una revisión de las interpretaciones sobre el *Klan* surgidas sobre todo en los años noventa y con una perspectiva más amplia que las tradicionales la ofrece Chris RHOMBERG en su artículo “Class, race, and urban politics: the 1920s Ku Klux [MyC, 10, 2007, 39-89]

Legión Americana (1919)⁶⁶ o la actividad del fundamentalismo protestante⁶⁷.

Y sin embargo, en estas premisas había poco de cambio, eran simplemente intentos de impedir una realidad que ya desbordaba con creces estos puntos de partida. Las cosas ya no estaban tan claras y hechos como el conocido juicio del mono supusieron los últimos estertores en la capacidad de esos planteamientos para imponerse de forma generalizada⁶⁸. Se buscaban nuevas respuestas, pues no bastaba

Klan movement in the United States”, *Political Power and Social Theory*, 17, 2005, pp. 3-34. Además, la bibliografía sobre el Klan es muy abundante, véanse, por ejemplo: Leonard J. MOORE, *Citizen Klansmen. The Ku Klux Klan in Indiana, 1921-1928*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1991; Shawn LAY (ed.), *The invisible empire in the West. Toward a new historical appraisal of the Ku Klux Klan of the 1920s*, Urbana, University of Illinois Press, 1992; Nancy MACLEAN, *Behind the mask of chivalry. The making of the Second Ku Klux Klan*, Nueva York, Oxford University Press, 1994; Michael NEWTON, *The Ku Klux Klan. History, organization, language, influence and activities of America’s most notorious secret society*, Jefferson, McFarland, 2006.

⁶⁶ William PENCAK, *For God and country. The American Legion, 1919-1941*, Boston, Northeastern University Press, 1989.

⁶⁷ George M. MARSDEN, *Fundamentalism and American culture. The shaping of Twentieth-Century Evangelicalism, 1870-1925*, Nueva York, Oxford University Press, 1980; Joel CARPENTER, *Revive us again: the reawake-ning of American fundamentalism*, Nueva York, Oxford University Press, 1997; Douglas Carl ABRAMS, *Selling the old-time religion. American fundamentalism and mass culture, 1920-1940*, Athens, University of Georgia Press, 2001.

⁶⁸ El juicio Scopes o juicio del mono, trató de un profesor, John T. Scopes, que expuso la teoría de la evolución a sus alumnos de la escuela de Dayton, Tennessee, y fue juzgado por ello. Sobre este asunto puede verse: George E. WEBB, *The evolution controversy in America*, Lexington, University Press of Kentucky, 1994; Edward J. LARSON, *Summer for the Gods. The Scopes trial and America’s continuing debate over science and religion*, Nueva York, Basic Books, 1997; Jeffrey P. MORAN, *The Scopes trial: a brief history with documents*, Boston-Nueva York, Bedford’s-St. Martin’s, 2002; Michael LIENESCH, *In the beginning: fundamentalism, the Scopes trial, and the making of the antievolution movement*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2007.

ya con las viejas. En el ámbito de la historia comenzaron a aparecer grandes argumentos generales que sustituyeron a las grandes narraciones que se justificaban por sí mismas. Los historiadores, ya profesionales, se daban cuenta de que esos relatos no eran suficientes para mostrar la nueva cara del país. James Harvey Robinson, cuando en 1912 publicó *The New History*⁶⁹, simplemente trataba de afrontar esas necesidades, aunque eso le supusiera ser calificado como peligroso para los jóvenes⁷⁰. En 1920, Turner publicó su conocido libro sobre la frontera, en el que formuló la primacía de lo geográfico en el intento de explicación de la esencia que caracterizaba a su país frente a Europa. La necesidad de diferenciarse era patente e indicaba la ansiedad por obtener una identidad propia.

Sinclair Lewis (1885-1951) consideraba en 1930 que,

“para ser un escritor de éxito en América [...] un novelista debe afirmar que todos los hombres de este país son altos, apuestos, ricos, honrados y hábiles jugadores de golf; que todas las ciudades rurales están plagadas de vecinos que no hacen otra cosa [...] sino andar por ahí siendo amables unos con otros; que aunque las jóvenes americanas puedan parecer alocadas, se transforman siempre en esposas y madres perfectas; y que, geográficamente, América se compone únicamente de Nueva York, [...] habitada enteramente por millonarios; del Oeste, que conserva inalterable todo el heroísmo [...] de 1870; y del Sur, donde todo el mundo vive en una plantación eternamente resplandeciente de luz de luna y de fragantes magnolias”⁷¹.

Esta imagen de EE.UU. encerraba el mundo conservador y tradicional que de diversas maneras se trataba de defender desde varios sectores. Una encarnación de ella, liviana, pero de enorme fuerza por su carácter visual, fue la plasmación de la naturaleza y la

⁶⁹ James Harvey ROBINSON, *The New History. Essays illustrating the modern historical outlook*, Nueva York, Macmillan, 1912. Sobre este libro véase el artículo de David GROSS, “The ‘New History’: a note of reappraisal”, *History and Theory*, 13/1, 1974, pp. 53-8.

⁷⁰ F.L. ALLEN, *Only yesterday*, p. 51.

⁷¹ S. LEWIS, *El miedo americano a la literatura*, p. 59, la cita en la p. 61.

sociedad en la obra del ilustrador Norman Rockwell (1894-1978), que comenzó a trabajar con las ilustraciones al libro de C.H. Claudy, *Tell me why: stories about mother nature* (1912) o diversos dibujos para manuales de los *boy scouts*⁷². Desde 1916, el editor del *Saturday Evening Post*⁷³ le encargó la que iba a ser su actividad más conocida: las portadas de este semanario. En ellas Rockwell pintó a los EE.UU. de una forma idealizada. De hecho, sus escenas rurales difícilmente podían concordar con un país que, desde 1920, tenía más habitantes en la ciudad que en el campo. Sin embargo, es significativo de la imagen que se tenía del país, en la que no existían problemas, en parte por presiones del editor, pero en parte por ser esa la imagen demandada por los lectores de la revista.

En relación con el texto de Lewis y la obra de Rockwell, habría que mencionar la importancia de la naturaleza como elemento unificador, pues es ella la que oponía resistencia al hombre blanco, la que proporcionaba el reto al hombre libre. El dominio de la naturaleza representaba la máxima aspiración legitimadora para el emigrante, que en la lucha contra ella justificaba su libertad y la propiedad que le arrebatada. Cuando se declaró Yellowstone parque nacional en 1872⁷⁴,

⁷² Margaret T. ROCKWELL, *Norman Rockwell's chronicles of America*, Nueva York, Metrobooks, 1996, pp. 11-12; Sherry MARKER, *Norman Rockwell*, Madrid, Libsa, 1991, pp. 8-9. Una interpretación rupturista es la que aporta Richard HALPERN, *Norman Rockwell. The underside of innocence*, Chicago, University of Chicago Press, 2006. Es curioso ver cómo la divulgación de la poesía, especialmente los poetas "americanos", aquellos que ensalzaban con más fuerza la especificidad y valor de lo americano, se leían y eran aprendidos de memoria en la escuela, en la iglesia y en los campamentos. Estos datos proceden de la obra inédita de Joan Shelley RUBIN, dentro de *A history of the book in America*, así como de las reflexiones realizadas en *Poetry in practice: American readers and the uses of a literary genre, 1880-1950*.

⁷³ Puede verse, además de la nota 55, John REBBEL, *George Horace Lorimer and the Saturday Evening Post*, Garden City, Doubleday, 1948.

⁷⁴ Sobre el *National Park Service* pueden verse: Richard West SELLARS, *Preserving nature in the National Parks. A history*, New Haven, Yale University Press, 1997; Horace M. ALBRIGHT y Mariam Albright SCHENK, *Creating the National Park Service: the missing years*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999; Richard W. JUDD, "A wonderfull order

no se hizo sino recoger la importancia del elemento natural en la propia configuración de la nación, en buena parte vinculada a la conquista del territorio, pero también como salvaguarda del elemento fundamental en ese proceso, la propia naturaleza. En cierto modo, es un buen reflejo de ese ideal racionalista, ilustrado y progresista en el que la razón humana contiene con éxito frente a la irracionalidad de la naturaleza, a la que, una vez dominada, se la preserva como trofeo. El proceso iniciado en el XVIII (recuérdese la épica de James Fenimore Cooper, 1789-1851) culminó a fines del XIX, aunque ese vínculo con la naturaleza y el idealismo permanecieran en el siglo XX (como veíamos para el caso de Rockwell, en el que la naturaleza es amable; o una naturaleza fiera pero sometible, como en el caso de algunos relatos de William Faulkner (1897-1962)⁷⁵). Un ejemplo de esta actitud es el que recoge Simon Schama al hablar de la muerte del general Wolfe. Su biógrafo fundamental, Francis Parkman (1823-1893), buscaba un hilo épico para su narración sobre los primeros momentos de la nueva nación y ese hilo lo encontró en la atribución al bosque del papel protagonista, en parte por el horror que le produjo la pradera al desvanecerse el ideal natural que él había imaginado cuando mantuvo su primer contacto con unos indios absolutamente corrompidos, y por el repudio de la ciudad, en la que se encarnaban todos los vicios. Para Parkman, la naturaleza era la moralidad primigenia, el mundo del *Génesis* antes de la caída⁷⁶.

and ballance’: natural history and the beginnings of forest conservation in America, 1730-1830”, *Environmental History*, 11/1, 2006, pp. 8-36. Sobre Yellowstone puede verse el libro de Aubrey L. HAINES, *Yellowstone National Park. Its exploration and establishment*, Washington, US Dept. of the Interior National Park Service, 1974.

⁷⁵ “El perro” y “Gente de antaño”, en sus *Relatos*, Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 155-67 y 205-15 respectivamente.

⁷⁶ Simon SCHAMA, *Certezas absolutas, especulaciones sin garantía*, Barcelona, Anagrama, 1993, pp. 40-57. Pueden verse, además, Wilbur R. JACOBS, *Francis Parkman, historian as hero: the formative years*, Austin, University of Texas Press, 1991; Francis JENNINGS, *Francis Parkman: A brahim among untouchables*, Williamsburg, Institute of Early American History and Culture, 1985.

[MyC, 10, 2007, 39-89]

En esta situación, la ficticia –aunque aparente–, división entre la ciudad y el campo, el norte y el sur, era la manifestación de la pugna entre dos formas de entender al país. Por un lado, una de carácter moderno, pues adoptaba como patrón dominante la racionalidad y la idea de progreso, fácilmente representadas en la técnica, la ciencia y la economía y respaldadas por un sistema político que, entre 1919 y 1932, defendió a ultranza el *laissez faire*. Y, por otro lado, una comprensión de EE.UU. en la que el punto de referencia era moral, tradicional y fundamentalmente conservador, vinculado a unos etéreos principios nunca definidos en los que el integrismo protestante jugaba un papel capital.

Sin embargo, en este proceso habrá una inmensa mayoría silenciosa, que más que probablemente compartieran el juicio de Katharine F. Gerould cuando, en 1922, escribía:

“América ya no es un país libre [...]; la libertad es [...] una mera figura retórica. [...] La única forma mediante la cual un ciudadano americano [...] puede conservar cualquier atisbo de libertad de expresión, es eligiendo la turba con la que mejor se identifique, y permaneciendo bajo su sombra”⁷⁷.

Cuando una mayoría de los trabajadores vivían con mil dólares de renta anual, pese a que mil quinientos eran los necesarios para llevar una vida digna, sin seguro alguno, sin –como mostró John Bodnar– las expectativas de ascenso social que caracterizaban la esencia del país⁷⁸, incluso sin un proceso de integración en la nueva sociedad que les permitiese una mayor afiliación⁷⁹; cuando el trabajo infantil estaba aún sin regular a comienzos de los años veinte y las huelgas seguían reclamando la reducción de jornada, cuando los sindicatos retrocedían por influjo de la acción gubernamental, cuando

⁷⁷ Publicado en *Harper's Magazine*. Citado por F.L. ALLEN (*Only yesterday*, pp. 51-2), que señala que este artículo recibió centenares de cartas acusándolo de bolchevique y subversivo.

⁷⁸ John BODNAR, *Workers' world: kinship, community, and protest in an industrial society, 1900-1940*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1982.

⁷⁹ Thomas GOBEL, “Becoming American: ethnic workers and the rise of the CIO”, *Labor History*, 29, 1988, pp. 173-98.

las huelgas las reventaban matones profesionales, difícilmente podía hablarse de prosperidad generalizada.

Una experiencia cercana a este mundo es la del escritor Dashiell Hammett (1894-1961) que, como investigador de la agencia Pinkerton, participó en la ruptura de huelgas y conoció de primera mano las condiciones de vida de mineros, obreros de acerías o de fábricas de automóviles⁸⁰. Era el momento del terror rojo (*red scare*) de 1919, una epidemia onírica que veía conspiraciones comunistas por doquier.

Sin embargo, hechos como éste, entre los que incluir el caso de los inmigrantes anarquistas, los italianos Sacco y Vanzetti⁸¹, muestran la necesidad de terminar de perfilar el contorno del norteamericano cien por cien, el estereotipo que configurase a buenos y malos. La definición de este modelo requería la exclusión, y en ese sentido se definió el elemento racial al limitar la emigración y reprimir a los negros emigrados a zonas tradicionalmente blancas⁸², se definió el elemento ideológico al circunscribirlo a lo que paradójicamente se entendía como nacional frente a lo foráneo, se definió el modelo

⁸⁰ Diane JOHNSON, *Dashiell Hammett*, pp. 38-40; J. ALFAYA y A. MANGUEL, *Album*, p. 7. Un relato literario de este tipo de hechos es el que recoge John Dos Passos en su novela *1919*, cuando da cuenta del regreso de Paul Bunyan, al que linchan salvajemente tras escapar de un mitin socialista (*La primera catástrofe (1919)*), en John DOS PASSOS, I. *Novelas*, Planeta, Barcelona, 1957, pp. 1203-7. La ed. original, Nueva York, Harcourt, Brace and Co., 1932).

⁸¹ Tal vez el mejor libro sobre esta cuestión es la del experto en historia del anarquismo Paul AVRICH, *Sacco and Vanzetti: The anarchist background*, Princeton, Princeton University Press, 1991. Véanse también: Lisa MCGIRR, "The passion of Sacco and Vanzetti: a global history", *Journal of American History*, 93/4, 2006, pp. 1085-1115; Richard NEWBY (ed.), *Kill now, talk forever: debating Sacco and Vanzetti*, Bloomington, Author House, 2007, que recoge en resumen la transcripción del proceso y una revisión del impacto causado desde entonces; Bruce WATSON, *Sacco and Vanzetti. The men, the murders, and the judgement of mankind*, Nueva York, Viking, 2007.

⁸² Un ejemplo de los estallidos racistas de esta época en: Scott ELLSWORTH, *Death in promise land. The Tulsa race riot of 1921*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1982.

moral y religioso al atribuirlo a quienes defendieran el protestantismo y su lectura de la realidad, así como a quienes se comportaran como buenos ciudadanos⁸³.

En 1920, Francis S. Fitzgerald (1896-1940) publicaba *This side of paradise*, con la que se iniciaba la que él mismo llamó la era del jazz. En esta novela, el protagonista afirmaba:

“a nosotros [...] nos han educado para apilar millones y enseñar «de qué fibra estamos hechos». A veces desearía haber sido inglés; la vida americana resulta tan condenadamente aburrida, estúpida y saludable...”⁸⁴.

Esta queja no es sino el tira y afloja entre lo nuevo y lo viejo que con tanta claridad se puede percibir en la época analizada. Carol Kennicott, la protagonista de *Main Street* de Sinclair Lewis, llega a Gopher Prairie con la intención de transformar la ciudad, pero sus ideas novedosas chocan con lo que otro lúcido personaje llama el “virus pueblerino” y fracasa una y otra vez hasta adaptarse⁸⁵. De igual manera hay que entender las críticas de John Dos Passos (1896-1970), en su *Trilogía Americana*, contra una sociedad en la que la solidaridad ha desaparecido y el ser humano carece de más ideales que la riqueza. Ante semejante panorama, escritores como Ernest Hemingway (1898-

⁸³ Un ejemplo irónico de esta necesidad de definición es el que nos proporciona Scott FITZGERALD en *El gran Gatsby* (*The great Gatsby*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1925), cuando describe al protagonista: “Se balanceaba sobre el guardabarros de su coche con la ligereza de movimientos tan peculiarmente americana —que proviene, supongo, de la ausencia de trabajos pesados en la juventud— y, sobre todo, con la ceremoniosa gracia de nuestros nerviosos, aunque esporádicos, juegos” (Barcelona, Orbis, 1983, p. 93).

⁸⁴ Francis Scott FITZGERALD, *This side of paradise*, Nueva York, C. Scribner's sons, 1920. La cita de la edición castellana: *A este lado del paraíso*, Madrid, Alianza, 1984, p. 155.

⁸⁵ Sinclair LEWIS, *Main street*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1920. Una interesante reflexión sobre la novela y su significado es la de Martin BUCCO, *Main Street: the revolt of Carol Kennicott*, Nueva York, Twayne Publishers, 1993. La última edición castellana: *Calle Mayor*, Madrid, Espasa, 2003.

1961) y otros huyeron a París y a todas las fuentes del exotismo que pudieron encontrar. Allí convivió una pléyade de insatisfechos y casi famélicos pero felices norteamericanos, pues como el autor de *Fiesta* señalaba: “A la persona que trabaja y encuentra satisfacción en su trabajo, la pobreza no le preocupa”⁸⁶.

¿Por qué esta huída si los EE.UU. eran el paraíso de los paraísos terrenales? ¿De qué huían? ¿de qué huía incluso el propio Faulkner cuando se refugia en su Oxford natal tras conocer el mundo de Hollywood? O volviendo la pregunta del revés ¿qué buscaban el Karl Rossman de Kafka o el Mendel Singer de Joseph Roth en EE.UU.⁸⁷?, ¿qué trataban de encontrar los miles de polacos que cruzaron el océano y fueron estudiados por William I. Thomas y Florian Znaniecki⁸⁸? ¿Tal vez la América de Tocqueville?

⁸⁶ Ernest HEMINGWAY, *A moveable feast*, Nueva York, Scribner, 1964. Sobre esta novela puede verse el interesante estudio de Jacqueline TAVERNIER-COURBIN, *Ernest Hemingway's A Moveable feast: the making of myth*, Boston, Northeastern University Press, 1991. La cita por la edición castellana de Barcelona, Seix Barral, 1997, *París era una fiesta*, p. 51. Como señala otro de los escritores del grupo, París era la “Nouvelle Athènes” y Francia “todavía la frontera de la libertad” (John DOS PASSOS, 1919, pp. 382 y 510). Sobre la generación perdida, véase: Marc DOLAN, *Modern lives: a cultural re-reading of "The Lost Generation"*, West Lafayette, Purdue University Press, 1996; desde la perspectiva y sobre la dueña de la *Shakespeare Library* de París que recoge Hemingway, véase Noel Riley FITCH, *Sylvia Beach and the lost generation: a history of literary Paris in the twenties and thirties*, Nueva York, Norton, 1983 (traducción en Barcelona, Lumen, 1990) y sobre todo Sylvia BEACH, *Shakespeare and Company*, Nueva York, Harcourt, Brace, and Co., 1959. Sobre el centro de sociabilidad literario norteamericano en torno a Gertrud Stein: James R. MELLOW, *Charmed circle: Gertrude Stein & company*, Boston, Houghton Mifflin, 1991 (ed. original, Nueva York, Praeger, 1974).

⁸⁷ Franz KAFKA, *Amerika*, Múnich, K. Wolff, 1927; Joseph ROTH, *Hiob. Roman eines einfachen mannes*, Berlín, G. Kiepenheuer, 1930.

⁸⁸ *The polish peasant in Europe and America*, Chicago, Chicago University Press, 1918-1920. Sus conclusiones sobre este grupo de inmigrantes, a saber, la ruptura de los lazos comunitarios originarios, es puesta en duda e incluso afirma lo contrario en el libro de Dominic A.

En una situación similar unos años antes, no es extraño que T.S. Eliot (1888-1965) y Ezra Pound (1885-1972)⁸⁹ se trasladasen a Europa y, con ellos, Gertrud Stein (1874-1946), la formuladora de la idea de la generación perdida, hija, en buena medida, del mismo espíritu escapista de todos ellos⁹⁰. La búsqueda de nuevos valores se realizaba fuera de las propias fronteras, aunque, de hecho, todos mantuviesen un indudable vínculo con su país, al que trataban de descubrir en su ausencia. Y es que pese a la iconoclastia de autores como Sinclair Lewis, la crítica no hacía sino buscar la reforma. No eran revolucionarios, sino reformistas, trataban de conseguir un país mejor mediante la profundización en lo existente.

La guerra del catorce (del diecisiete para ellos) hizo que un millón de soldados viesan qué era Europa y que, cuando regresasen, apreciaran los considerables cambios iniciados en ellos mismos y en su país. Una canción de éxito de 1919 era la titulada *How're you going to keep them down to farm, now that they're seen Patee?* (¿Cómo vais a retenerlos en sus granjas ahora que han visto París?). Desde la individualidad de cada uno de ellos, vieron el horror de la guerra y la sofisticación, la historia y las costumbres europeas, las referencias políticas y sociales, y las compararon con su propia

PACYGA, *Polish immigrants and industrial Chicago: Workers on the South Side, 1880-1922*, Columbus, Ohio State University Press, 1991.

⁸⁹ Sobre estos poetas pueden verse: Sanford SCHWARTZ, *The matrix of modernism: Pound, Eliot, and early twentieth-century thought*, Princeton, Princeton University Press, 1985; Rainer EMIG, *Modernism in poetry: motivations, structures, and limits*, Londres-Nueva York, Longman, 1995.

⁹⁰ Gertrud Stein, en conversación con Hemingway, señalaba que el patrón de un garaje al que había llevado su coche a arreglar, recriminó al muchacho que no había realizado el trabajo integrándolo en lo que definió como una *génération perdue*. Gertrude Stein aplicó el calificativo a “[t]odos los jóvenes que sirvieron en la guerra”, añadiendo a continuación: “No le tienen respeto a nada. Se emborrachan hasta matarse...”. Más tarde se preguntaba Hemingway por quiénes integraban realmente la generación perdida, en referencia a sus progenitores literarios, y terminaba escribiendo: “al cuerno con sus sermones de generación perdida y con toda la porquería de etiquetas que cualquiera puede ir por ahí pegando” (*París era un fiesta*, pp. 36-8). Un reflejo de ese ambiente lo recoge Gertrud Stein en *The autobiography of Alice B. Toklas*, Nueva York, Literary Guild, 1933.

[MyC, 10, 2007, 39-89]

situación; se introdujo un importante elemento de contraste que tuvieron presente de manera permanente en su nueva visión de las cosas⁹¹. Además, el peso de la revolución de 1917 tuvo un indudable impacto en muchos de ellos, porque les permitió contar con una visión nueva y distinta, aunque no por ello más fácil. Si a ello sumamos la mayor presencia de los negros en la ciudad y en el trabajo; una actitud de la mujer que teóricamente consiguió la posibilidad de entrar en el reducto de la política y hacerse más presente en el conunto de la vida social, y una sociedad enriquecida y consciente de su decisivo papel para finalizar de la guerra, tenemos un panorama en el que muchas de las certezas del pasado hubieron de ponerse en cuarentena.

En este ambiente cabe insertar la aparición de la novela negra, cuyo primer ejemplo es *Red harvest*, de Dashiell Hammett, significativamente publicada en 1929⁹², aunque ya previamente había publicado relatos breves. Contra lo que pudiera ser un lugar común, el Hammett autor de novelas policíacas, cercano al Partido Comunista, crítico con la sociedad y sabedor de los males que la aquejaban por haber trabajado en los bajos fondos, estuvo vinculado en alguna ocasión a uno de los más feroces críticos de los años veinte, H.L. Mencken, en cuyas revistas *Smart Set* y *The Black Mask* publicó a partir de 1922; o a Faulkner, con el que cultivó una prolongada amistad en los años treinta⁹³. En sus relatos y novelas se recogía una

⁹¹ En 1919, Dos Passos trazaba el panorama de aquellos que vivieron el período de la guerra con todos los conflictos, personales y generales, que eso suponía. Dos testimonios de la insatisfacción personal son los de Evelin Hutchins que, al hablar con un amigo periodista, pensaba “que no quería volver nunca más a Norteamérica, pues pensaba que allí la vida sería terrible al terminar la guerra” (p. 334). Otra de las protagonistas, Ann Elizabeth Trent (Nena), la tejana enviada a Roma, reflexionaba sobre los norteamericanos en Europa: “Tal vez sean la guerra y las costumbres europeas las que relajan la moral de los nuestros...” (p. 413).

⁹² Dashiell HAMMETT, *Red Harvest*, Nueva York, A.A. Knopf, 1929.

⁹³ Lilian HELLMAN, “Introducción”, en: Dashiell HAMMETT, *Dinero sangriento*, Barcelona, Bruguera, 1981 (ed. original, 1943), pp. 9-35. Véanse también Javier ALFAYA y Alberto MANGUEL, *Album*, en: Dashiell HAMMETT, *El halcón maltés*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 1-93; Joan MELLE, *Hellman and Hammett*, Nueva York, Harper Collins, 1996; Diane JOHNSON, *Dashiell*

atmósfera en la que, lejos de las idealizaciones de Rockwell, no era tanto el individuo el responsable, sino la sociedad en la que éste se insertaba.

Faulkner reflejó con el título *El ruido y la furia* la época a la que nos estamos refiriendo⁹⁴. Ruido de quienes progresaban y de quienes malvivían, ruido de los unos y de los otros; y furia de la intolerancia, furia de quienes trataban de salir adelante sin conseguirlo, furia sorda de quienes quedaban en el camino. Podría añadirse otro título más: *El nacimiento de una nación* (1915), la película de David W. Griffith (1875-1948), porque, además de sus repercusiones directas, como el impulso para el nacimiento del Ku Klux Klan –se apoyó a su vez Griffith en la novela de T. Dixon, *Clansman* (1905)–, recogía la principal consecuencia de esta época para EE.UU., porque en estos años nació como nación el conjunto de variados elementos a los que hemos ido haciendo referencia.

Se plantearon también otros argumentos en los que poder tratar de identificar el peso de los EE.UU. como nación. Se habló de la Constitución, del mundo intelectual; en esta misma línea, Sinclair Lewis afirmó, en el discurso con motivo de la entrega del premio nobel de literatura en 1930, que ya en esos momentos EE.UU. contaba con una literatura de entidad suficiente como para independizarse de la inglesa en particular y la europea en general, aunque dicho proceso se hiciese todavía tímidamente, manifestando lo que él definía como el miedo americano a la literatura⁹⁵. De igual manera, en el terreno musical, sólo en los veinte y treinta se sentaron las bases de la que se iba a denominarse la música norteamericana, dado que, como señala

Hammett. Biografía, Barcelona, Seix Barral, 1985. Como texto autobiográfico, puede verse su relato inacabado *Tulip*, en: *Dinero sangriento*, pp. 255-316.

⁹⁴ *The Sound and the Fury*, Nueva York, Johnathan Cape y Harrison Smith, 1929. El título lo tomó de Macbeth, acto 5, escena 5.

⁹⁵ Sinclair LEWIS, *El miedo americano a la literatura*, León, Universidad de León, 1992, y la introducción, en este mismo libro, realizada por Juan José COY, pp. 36-46. Sobre la literatura de este tiempo puede verse: Norman F. CANTOR, *The American century: varieties of culture in modern times*, Nueva York, HarperCollins, 1997.

Barbara L. Tischler, durante el siglo XIX la única preocupación había sido elevar el nivel general para poder apreciar las composiciones europeas⁹⁶. Fue el momento en que se adoptó el Jazz como estilo propio y se le dio empaque orquestal de la mano de obras como *Rhapsody in blue* (1924), de George Gerswin (1898-1937) o *Jazz symphony* (1925) de George Antheil (1900-1959), permitiendo con ello la entrada también de elementos folklóricos⁹⁷.

Todos ellos realizaron, de alguna manera, la declaración de independencia literaria, musical y, en cierto modo, también moral, de EE.UU., puesto que comenzaron a armarla de los argumentos que la diferenciaban de Europa.

En este ambiente de cambio llegaron las modificaciones en conductas y comportamientos. Especialmente destacable fue la transformación que protagonizó la mujer, primero con la posibilidad de obtención del voto (19ª enmienda, enero de 1918⁹⁸); y, segundo, con la transformación de su papel en la sociedad. La mujer reivindicó una emancipación completa; buscó su autodeterminación personal y

⁹⁶ Barbara A. ZUCK, *A history of musical americanism*, Ann Arbor, UMI Research Press, 1980; Alan Howard LEVY, *Musical nationalism: American composer's search for identity*, Westport, Greenwood Press, 1983; Barbara L. TISCHLER, *An American music: the search for an american musical identity*, Nueva York, Oxford University Press, 1986; Joel DINERSTEIN, *Swinging the machine. Modernity, technology, and African American culture between the world wars*, Amherst, University of Massachusetts Press, 2003.

⁹⁷ Sobre el Jazz existe una muy abundante bibliografía desde multitud de puntos de vista. En lo que aquí nos interesa, especialmente por lo que toca a su historia social, puede verse: Kathy J. OGREN, *The jazz revolution: twenties America and the meaning of jazz*, Nueva York, Oxford University Press, 1989; Burton W. PERETTI, *The creation of jazz: music, race and culture in urban America*, Urbana, University of Illinois Press, 1992.

⁹⁸ La cuestión de la participación política de la mujer y el movimiento sufragista han generado una multitudinaria literatura. De entre todo ello, puede verse: Lois SCHARF y Joan JENSEN (eds.), *Decades of discontent: The women's movement, 1920-1940*, Westport, Greenwood Press, 1983; Nancy F. COTT, "Feminist politics in the 1920s: The National Woman's Party", *Journal of American History*, 71, 1984, pp. 43-68.

comenzaron a verse, en las ciudades en primer lugar, mujeres que trabajaban y vivían solas, mujeres que fumaban, que cortaban su pelo a lo *garçon*⁹⁹, que acudían a bares clandestinos y que entraban en el mundo de lo masculino. Es evidente que estas actitudes provocaron reacciones contrarias, pero el proceso de emancipación femenino, especialmente originado a partir de la guerra, iba a avanzar de forma imparable. Un ejemplo de ello eran las chicas que Scott Fitzgerald denominó *flappers*. Todo ello representó la transformación profunda de las costumbres, la decadencia de modelos, el cambio masivo pese a las resistencias que llevaron incluso al linchamiento de mujeres por vivir solas¹⁰⁰.

Por el contrario, desde diversos frentes se pugnaba por mantener la imagen que irónicamente mostró Lewis en el ya mencionado discurso, en el que afirmaba que la América de su tiempo seguía siendo idílica, “[había] superado un cambio revolucionario, de colonia rural a imperio mundial, sin que [hubiera] quedado alterada en lo más mínimo la simplicidad bucólica y puritana del Tío Sam”¹⁰¹.

De forma paralela (en el tiempo y en el tema), surgió otro mito fundamental para comprender la importancia de la creación mitológica como fundamento de la personalidad de la nación: el del hombre hecho a sí mismo.

Los orígenes religiosos de los primeros establecimientos humanos marcaron con claridad las características del nuevo asentamiento. La independencia iba a institucionalizar la situación merced a una Constitución en la que la libertad individual se convirtió en principio cuasi sagrado. Esa posibilidad de ejercicio de la voluntad aislada permitió el desarrollo de una conciencia de la propia valía que

⁹⁹ Un ejemplo de ello en el cuento de F. Scott FITZGERALD, “Bernice Bobs Her Hair”, *The Saturday Evening Post*, CXCII (1 de Mayo de 1920) pp. 14-15, 159, 163, 167. Edición castellana: *Berenice se corta el pelo*, en sus *Cuentos*, I, Madrid, Alfaguara, 1998, pp. 47-74.

¹⁰⁰ J. William HARRIS, “Etiquette, lynching, and racial boundaries in Southern history. A Mississippi example” *American Historical Review*, C/2, 1995, pp. 405-7.

¹⁰¹ Sinclair LEWIS, *El miedo americano a la literatura*, p. 61.

impulsó el modelo del hombre de éxito. En una sociedad agraria el triunfo era limitado, pero con el crecimiento industrial posterior a la guerra civil, las posibilidades que aportaba el desarrollo de un trabajo personal comenzaron a adquirir una mayor importancia, en buena medida vinculadas al protestantismo. Este vínculo entre moralidad y riqueza (la ética del capitalismo de Max Weber) marcó un modelo hacia el que, conforme crecieron las posibilidades, convergieron las miradas. Uno de los estereotipos más claros de esta situación fue Herbert Clark Hoover (1874-1964)¹⁰². De familia de granjeros cuáqueros, estudió ingeniería civil en Stanford y en su profesión alcanzó fama y fortuna, lo que le permitió escalar puestos en la administración. Durante la I guerra mundial se encargó de la repatriación de norteamericanos sorprendidos en Europa y de abastecer a Francia y Bélgica. Secretario de Comercio entre 1921 y 1928, en este último año obtuvo la nominación republicana para la presidencia y finalmente ésta. En la cima de su carrera, representaba el ejemplo máximo de las posibilidades que llevaban a un granjero hasta la cúspide del Estado. En su *Inaugural Adress*, el 4 de marzo de 1929, mostraba toda la confianza de una época de esplendor:

“If we survey the situation of our Nation both at home and abroad, we find many satisfactions; we find some causes for concern. We have emerged from the losses of the Great War and the reconstruction following it with increased virility and strength. From this strength we have contributed to the recovery and progress of the

¹⁰² Son básicas sus memorias: Herbert C. HOOVER, *Memoirs*, Nueva York, Macmillan, 1951-2. Vol. I: *Years of adventure, 1874-1920*; vol. II: *The Cabinet and the Presidency, 1920-1933*; vol. III: *The great depression, 1929-1941*. Véanse, además: George H. NASH, *The life of Herbert Hoover*, Nueva York, Norton, 1983-1988; Martin L. FAUSOLD y George T. MARUZAN (eds.), *The Hoover presidency: A reappraisal*, Albany, State University of New York Press, 1974; Joan Hoff WILSON, *Herbert Hoover, forgotten progressive*, Boston, Little, Brown, 1975; David BURNER, *Herbert Hoover, a public life*, Nueva York, Knopf, 1979; Gary Dean BEST, *Herbert Hoover: The postpresidential years, 1933-1964*, Stanford, Hoover Institution Press, 1983; Ellis W. HAWLEY, *Herbet Hoover as Secretary of Commerce: studies in new era thought and practice*, Iowa City, University of Iowa Press, 1981 y *Herbert Hoover and historians*, West Branch, Herbert Hoover Presidential Library Association, 1989.

world. What America has done has given renewed hope and courage to all who have faith in government by the people. In the large view, we have reached a higher degree of comfort and security than ever existed before in the history of the world. Through liberation from widespread poverty we have reached a higher degree of individual freedom than ever before. The devotion to and concern for our institutions are deep and sincere. We are steadily building a new race—a new civilization great in its own attainments. The influence and high purposes of our Nation are respected among the peoples of the world. We aspire to distinction in the world, but to a distinction based upon confidence in our sense of justice as well as our accomplishments within our own borders and in our own lives”.

Otro buen ejemplo, en este caso de ficción, es Jay Gatsby, el personaje de Fitzgerald que parte de un oscuro origen hasta llegar a la riqueza y a la admiración para, finalmente, morir asesinado y solo. Asentado el mito, enormemente poderoso, generó una gran fuerza vital y, aunque basada en pies de barro, permitió mantener su potencialidad impulsora incluso pese al crac de 1929.

Junto a ello hay que destacar otro elemento que, inserto en lo que podríamos llamar el imaginario social, o la conciencia colectiva de la población, hizo que la mirada hacia estos años veinte fuese especialmente favorable. Ese elemento es la sensación de confianza, un elemento de enorme poder de atracción para gentes como Karl Rossman, el personaje de Kafka que se asombra de la posibilidad de que en América hubiese casas viejas y al que le responden afirmativamente y con sorpresa¹⁰³. Esta pequeña anécdota es lo bastante significativa de esa imagen de irreal prosperidad que se ofrecía al resto del mundo, y a Europa en especial, como reflejaba, a través de la ironía de Roth, el también mencionado Mendel Singer quien

“[c]reía lo que le decían sus hijos de que América era la tierra de Dios, Nueva York la ciudad de los milagros y el inglés la lengua más hermosa. Los americanos eran gente sana. Las americanas, bonitas. El deporte, importante. El tiempo, valioso. La pobreza, un vicio. La riqueza, un mérito. La virtud, la mitad del éxito. La fe en uno

¹⁰³ Franz KAFKA, *América*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 72-3, 79.

mismo, un éxito completo. El baile, higiénico. Patinar sobre ruedas, una obligación. La beneficencia, una inversión de capital. El anarquismo, un delito. Los huelguistas, enemigos de la humanidad. Los agitadores, aliados del demonio. Las máquinas modernas, una bendición del cielo. Edison, el genio más grande. Pronto los hombres volarán como pájaros, nadarán como peces, verán el futuro como los profetas, vivirán en una paz eterna, y en perfecta armonía construirán rascacielos que llegarán hasta las estrellas”¹⁰⁴.

La confianza era infinita y además se autogeneraba constantemente. Sin embargo, los veinte no fueron una rectilínea progresión ascendente en EE.UU.: hubo crisis en 1920-1, una caída de valores en torno a la especulación de tierras en Florida en 1926¹⁰⁵, anuncios de tormenta desde 1927... pero en cualquier caso, la confianza y el optimismo eran generalizados a pesar de las excepciones¹⁰⁶. ¿Cuál era la base para ello? En primer lugar la apariencia de bienestar. Las cosas no podían marchar mal cuando existía posibilidad de gastar y de obtener dinero fácil: “la vida era como la carrera de Alicia en el país de las maravillas: había premio para todos” decía Fitzgerald en *The Crack-up*¹⁰⁷. Los problemas habían desaparecido y la iniciativa personal se respetaba sin restricción alguna. Los ejemplos de triunfadores se sucedían. En segundo lugar, el país se sentía seguro de sus capacidades. Habían ganado una guerra ¿no?, contra un enemigo poderoso, además, y no sólo no se habían visto afectados por ello, sino que habían resultado enormemente beneficiados. Si a ello añadimos un tercer factor de carácter psicológico, cual es el de la recuperación de la resaca de la guerra, el descanso tras la tensión del conflicto, podemos reunir un panorama en el que no resultaba extraña la

¹⁰⁴ Job. *Historia de un hombre sencillo*, Barcelona, Acantilado, 2007, p. 140.

¹⁰⁵ Raymond B. VICKERS, *Panic in paradise: Florida's banking crash of 1926*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1994.

¹⁰⁶ Entre otros, puede verse John K. GALBRAITH, *El crac del 29*, Barcelona, Ariel, 1993, especialmente el capítulo I, significativamente titulado “Ilusión, esperanza ilimitada y optimismo” (pp. 27-48). La edición original, *The great crash: 1929*, Cambridge, Riverside, 1954.

¹⁰⁷ Francis Scott FITZGERALD, *El crack-up*, Barcelona, Anagrama, 1991, p. 35. Ed. original de 1936.

confianza. Como decía Fitzgerald en su dura reflexión sobre esta época: “estábamos cansados de las grandes causas [...]. Fue característico de la Era del Jazz el que no hubiera interés alguno por la política”. Y añadía más adelante con brevedad y afilada precisión: “comamos, bebamos y divirtámonos, porque mañana moriremos”¹⁰⁸.

La construcción del Estado americano (América, 1929-1941).

Este conjunto de pasos en la construcción simbólica de la nación no partió, evidentemente, de la nada. El valor del individualismo y la libertad fueron argumentos centrales desde el principio. La diferencia estribaría en la mayor relevancia que el elemento material alcanzó en la época analizada. Frente a una justificación y unas normas de actuación de índole moral predominantes en épocas previas, durante los veinte se produjo una relajación de dichas exigencias morales, en parte por la prosperidad material y por las distintas circunstancias que rodearon la nueva situación económica, en parte por el aflujo de nuevas formas de entender la realidad, también por el elemento de contraste que los ex-combatientes traían consigo. El igualitarismo jeffersoniano y jacksoniano sólo se asumía, en este momento, como punto de partida, pero no como obligación socialmente necesaria. Aunque fuese posible y reconocido destacar socialmente, no era fácil en modo alguno.

Esto permite establecer paralelismos entre la Era del jazz y la era de la Reconstrucción: la misma sed de enriquecimiento, el triunfo de los hombres de negocios protegidos por la reacción puritana: “Quien construye una fábrica, construye un templo”, dijo Coolidge, y añadía en su autobiografía:

“Without impairing the efficient operation of all the functions of the government, I have steadily and without ceasing pressed on in that direction. This policy has encouraged enterprise, made possible the highest rate of wages which has ever existed, returned large profits, brought to the homes of the people the greatest economic benefits they ever enjoyed, and given to the country as a whole an

¹⁰⁸ F. Scott FITZGERALD, *El crack-up*, pp. 24, 27.

unexampled era of prosperity. This well-being of my country has given me the chief satisfaction of my administration”¹⁰⁹.

En este ambiente, el liberalismo triunfó: “Lo que queremos en América —dijo el presidente Harding— es menos el impulso gubernamental en los negocios que la influencia de los negocios en el gobierno”¹¹⁰. El poder central perdió influencia en favor del poder local. De igual forma, Herbert Hoover, en su *American individualism* (1922), trató de hacer la síntesis entre el nuevo nacionalismo y la nueva libertad, entre el interés nacional y el interés especial. Consideraba en este libro que el motor del progreso no debía ser la reglamentación estatal, sino el sentido de servicio que les incitaba a desarrollar la responsabilidad de la comunidad. Exaltaba el sentido de la oportunidad que permitía a los norteamericanos triunfar gracias a sus propios méritos. Estas ideas las trató de aplicar a su campo de actuación y así, desarrolló el comercio exterior de forma considerable. Mientras Europa se volvía pesimista y desencantada, EE.UU. se aislaba en un optimismo de raíces dieciochescas.

Una consecuencia de ello fue la necesidad de contar con nuevos elementos de afirmación. Ante la pérdida de los valores como la familia, el hogar, el riesgo físico como muestra de la rectitud, y frente a las amenazas reales o imaginarias (negros, izquierdistas, extranjeros, nuevas ideas...), se recurrió a la creación de nuevos mitos.

En este período, el gran gozne fue la crisis de la bolsa. Hay que decir que 1929 supuso, ante todo, el final de la confianza. Es revelador que Hoover, al ser designado como candidato del Partido Republicano a la presidencia en la californiana Palo Alto (11-VIII-1928), proclamase uno de los mensajes más llamativos de los pronunciados

¹⁰⁹ Calvin COOLIDGE, *The autobiography of Calvin Coolidge*, Nueva York, Cosmopolitan Book Corporation, 1929, p. 183.

¹¹⁰ Véase la ya citada autobiografía de Coolidge; además, John Earl HYNES (ed.), *Calvin Coolidge and the Coolidge era: essays on the history of the 1920s*, Washington, Library of Congress, 1998; Robert H. FERRELL, *The presidency of Calvin Coolidge*, Lawrence, University Press of Kansas, 1998. Sobre Harding, véase John W. DEAN, *Warren C. Harding*, Nueva York, Times Books, 2004.

en un discurso de toma de posesión: "[E]n América, hoy, estamos más cerca del triunfo final sobre la pobreza de lo que ningún otro país haya estado nunca. [...] Todavía no hemos alcanzado nuestro objetivo, pero si logramos continuar la política de los últimos ocho años, con la ayuda de Dios, estará cerca el día en que expulsemos para siempre la pobreza de nuestro país"; mensaje que reiteraba, reclamando confianza, en los meses posteriores al crac; mensaje, en fin, que anunciaba con ciega inercia que la prosperidad estaba a la vuelta de la esquina. Esos meses fueron, sin embargo, el período del despertar, o la pesadilla dentro del sueño. Pesadilla que mostraba las debilidades del sistema en el que no sólo Hoover creía con firmeza¹¹¹.

Con el final de la confianza se hubieron de buscar sustitutos y apoyos urgentes a los valores y los mitos previos. Como se preguntaba la matriarca de los Joad al abandonar su casa rumbo al vacío: "¿Cómo podremos vivir sin nuestras vidas? ¿Cómo sabremos qué somos nosotros si no tenemos pasado?"¹¹². Algunos principios siguieron vigentes, pero otros hubo que cambiarlos. Un ejemplo: el hombre de negocios, al que no le habían afectado ni los escándalos de la época Harding, pasó de ser el héroe de la sociedad a ser el villano. Había que buscar nuevos elementos de fundamentación cuando alguno de los pilares cayera por tierra. La salida iba a ser la política, y en ella el líder carismático con un poder mayor del que se había conocido, por supuesto en los años previos, pero también en épocas más lejanas. Perdidas la confianza y el optimismo, sus sustitutos no fueron los valores que encarnaban la prosperidad y el ansia por los negocios, sino los reflejados en la carismática personalidad de un presidente, Franklin Delano Roosevelt¹¹³. Con él reverdeció un mito que, si bien

¹¹¹ El editorial del 1-I-1929 del *New York Times* señalaba: "It has been twelve months of unprecedented advance, of wonderful prosperity. If there is any way of judging the future by the past, this new year will be one of felicitation and hopefulness".

¹¹² John STEINBECK, *Las uvas de la ira*, p. 134.

¹¹³ La bibliografía sobre Roosevelt es inmensa, empezando por los ya mencionados volúmenes de Arthur SCHLESINGER, Jr., *The age of Roosevelt*. Así, entre otros, puede verse: George C. WARD, *Before the trumpet: young Franklin Roosevelt, 1882-1905*, Nueva York, Harper and Row, 1985 y *A first class temperament: the emergence of Franklin Roosevelt*, Nueva York,

estuvo presente en otros momentos de la historia americana, no alcanzó al conjunto del estado, sus instituciones y normas legislativas y políticas. Otros presidentes tuvieron importancia por su carisma y por las acciones concretas de gobierno que desempeñaron, pero con Roosevelt, además de ese elemento, se configuró el Estado como ente institucional e interviniente, como factor relevante en la explicación del país. Pese a las reticencias, lo que Roosevelt realizó fue una revolución constitucional, mediante la cual afirmó los valores, principios y capacidades del Estado que, como señala Ballard C. Campbell, ya había incrementado considerablemente Grover Cleveland a fines del XIX¹¹⁴.

Ante la ofensiva que supuso el primer *New Deal*, las críticas fueron escasas, aunque sólo fuese por la necesidad de soluciones que un desventurado Hoover fue incapaz de plantear, en parte por la rémora política e ideológica que arrastraba de los años previos. El *laissez faire*, el equilibrio presupuestario y otras normas políticas y económicas implícitas en los años de posguerra, hicieron que cualquier intervención del ejecutivo en los asuntos nacionales se viese como un atentado contra la esencia de la nación, contra la integridad del principio de la libertad individual. Un Estado activo y participativo podía impedir el libre desarrollo de las capacidades individuales. No dejaban de jugar en ello, además, temores acerca del desarrollo de una política de planificación económica en la URSS, intervención estatal que se veía como gravemente coactiva de la iniciativa privada. El Estado, en resumidas cuentas, había de intervenir lo menos posible y lograr man-

Harper and Row, 1989; Herbert T. ROSENBAUM y Elizabeth BARTELME (eds.), *Franklin D. Roosevelt: the man, the myth, the era, 1882-1945*, Nueva York, Greenwood, 1987; Frank FREIDEL, *Franklin D. Roosevelt: A rendezvous with destiny*, Boston, Little, Brown, 1990; Conrad BLACK, *Franklin Delano Roosevelt: champion of freedom*, Nueva York, Public Affairs, 2003; Jeffrey W. COKER, *Franklin D. Roosevelt. A biography*, Westport, Greenwood Press, 2005.

¹¹⁴ Ballard C. CAMPBELL, *The growth of American government: governance from the Cleveland era to the present*, Bloomington, Indiana University Press, 1995. Véase también: Robert HIGGS, *Crisis and Leviathan: critical episodes in the growth of American government*, Nueva York, Oxford University Press, 1987.

[MyC, 10, 2007, 39-89]

tenerse en un plano de estricta neutralidad frente al ciudadano. Esto provocó, por ejemplo, que entre las medidas de Hoover a partir de 1930, nunca figurasen las relacionadas con la asistencia a los desfavorecidos por la crisis, para quienes se consideraba suficiente la caridad privada, y que aquéllas se limitasen al intento de reactivación de las industrias como motores de un desarrollo económico más importante.

En este contexto, que Roosevelt interviniera con todas las capacidades que teóricamente correspondían al Estado, significaba un hecho revolucionario¹¹⁵. Tolerado al principio, pronto habría de sufrir dificultades y ya en 1935 y 1936 vio anuladas varias leyes por el Tribunal Supremo. Sin embargo, sus reformas, extremas y radicales para unos, conservadoras y escasas para otros, supusieron el asentamiento de las primeras formas que en EE.UU. adoptó un Estado del bienestar, hasta ese momento ausente de los objetivos gubernamentales. Fue la construcción de ese Estado, la tenacidad mostrada en ello, su lucha personal contra la enfermedad, y, en 1941, la entrada en la guerra, lo que consiguió incrementar su popularidad y las sucesivas reelecciones: 1932, 1936, 1940 y 1944. En cualquier caso, Roosevelt y su mujer¹¹⁶, se convirtieron en una referencia fundamental para entender el carácter e importancia de la presidencia a partir de entonces. De algu-

¹¹⁵ Matthew J. DICKINSON, *Bitter harvest: FDR, presidential power and the growth of the presidential branch*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997. Una visión crítica de todo ello en Wolfgang SCHIVELBUSCH, *Three New Deals: reflections on Roosevelt's America, Mussolini's Italy, and Hitler's Germany, 1933-1939*, Nueva York, Metropolitan Books, 2006.

¹¹⁶ Existe también un buen número de obras sobre la primera dama, comenzando por sus propios libros: Eleanor ROOSEVELT, *This is my history*, Nueva York, Harper & Bros., 1937 y *The autobiography of Eleanor Roosevelt*, Nueva York, Harper & Bros., 1961. Pueden verse, además: Joan HOFF-WILSON y Marjorie LIGHTMAN, *Without precedent: the life and career of Eleanor Roosevelt*, Bloomington, Indiana University Press, 1984; J. William T. YOUNGS, *Eleanor Roosevelt: a personal and public life*, Boston, Little, Brown, 1985; Lois SCHARF, *Eleanor Roosevelt: first lady of American liberalism*, Boston, Twayne Publs., 1987; Blanche Wiesen COOK, *Eleanor Roosevelt*, Nueva York, Viking, 1992-2000 (vol. 1: 1884-1933; vol. 2: 1933-1938); Maurine H. BEASLEY et al (eds.), *The Eleanor Roosevelt encyclopedia*, Westport, Greenwood Press, 2001; David B. ROOSEVELT, *Grandmère: a personal history of Eleanor Roosevelt*, Nueva York, Warner Books, 2005.

na manera, con él se consolidó el aura mítica del presidente, hasta esos momentos vinculada a las acciones de gobierno concretas. Con él cabría hablar de mitificación de la presidencia, cuando, a despecho de sus actos, la institución alcanzase una honorabilidad y respeto difíciles de comprender en Europa.

Los antiguos mitos sobrevivieron en parte, se transformaron o simplemente desaparecieron, pero en esos veintidós años se forjaron las bases del actual EE.UU., de su forma de entenderse a sí mismo, de su “personalidad” como nación, aunque eso no supusiese que el consenso posterior a la II Guerra mundial, fuese completo¹¹⁷. Los problemas pervivían, y si, a diferencia de otras épocas, se podía contar con referencias simbólicas que permitían afrontarlos desde la seguridad aparente de una explicación global, también esas mismas referencias suponían la barrera a superar por quienes querían una transformación completa y radical. La construcción de una simbología nacional ayudó a consolidar una determinada imagen de EE.UU., pero en modo alguno puede entenderse como mayoritaria, pues fueron muchos quienes vieron en ella la razón de su exclusión, la justificación de su desarraigo. El período de entreguerras, por lo tanto, bien pudiera considerarse como el de nacimiento de la nación estadounidense en medio de una “guerra” cultural entre lo viejo y lo nuevo, Europa y América, la tradición y la modernidad, el momento en que se asentaron sus rasgos más significativos, cuando se planteó la necesidad de responder a la pregunta de qué eran los Estados Unidos de América. La respuesta dada satisfizo a muchos, pero no a todos y, como se vió en la segunda posguerra mundial, los problemas latentes volverían a estallar, aunque esta vez desde un ángulo distinto.

¹¹⁷ Dos síntesis recientes inciden en estos puntos: David J. GOLDBERG, *Discontented America. The United States in the 1920s*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999; Nathan MILLER, *New world coming. The 1920s and the making of modern America*, Nueva York, Scribner, 2003.

Copyright of *Memoria y Civilizacion* is the property of Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S.A. and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.